

**DE LOS AUSTRIAS A LOS BORBONES EN LA
HISTORIA GENERAL DE MODESTO LAFUENTE**

Alumno: Alfonso Calderón Argelich

Tutor: Roberto Fernández Díaz

Trabajo Final de Grado

Grado en Historia

Departamento de Historia del Arte e Historia Social

Facultad de Letras - Universidad de Lleida

Septiembre de 2012

SUMARIO

Modesto Lafuente fue el autor de la *Historia General de España*, una obra que puede considerarse como paradigmática de las *historias nacionales* que surgieron en Europa a en el siglo XIX. Además de ser un hombre de letras muy reconocido y de contribuir a la profesionalización de la historiografía española, Lafuente fue diputado hasta su muerte en 1866. Su historiografía ligaba pasado y presente para construir una identidad nacional. Con ella buscaba dar una legitimidad al nuevo proyecto social que se iniciaba a partir del reinado de Isabel II. Los capítulos dedicados a la transición de los Austrias a los Borbones, en los que se abordan temas como el reinado de Carlos II, la guerra de Sucesión o las reformas de Felipe V, pueden interpretarse como una lectura romántica, teleológica y presentista. En definitiva, su narración del pasado histórico contribuyó a formar una memoria oficial, y por tanto debe considerarse una pieza clave para la identidad del nuevo Estado-nación español.

ABSTRACT

Modesto Lafuente was the author of the *Historia General de España*, a work that can be seen as paradigmatic of the *national histories* that emerged in Europe in the nineteenth century. Besides being a well-known man of letters and of contributing to the professionalization of Spanish historiography, Lafuente was deputy until his death in 1866. His historiography linked past and present to build a national identity. With it wanted to give legitimacy to the new social project that began from the reign of Isabel II. The chapters devoted to the transition from the Habsburgs to the Bourbons, which cover topics such as the reign of Charles II, the or the reforms of Philip V, can be interpreted as a romantic, teleological and presentist reading. In short, his account of the historical past helped to form an official memory, and therefore should be considered a milestone in the identity of the new nation state Spanish.

PALABRAS CLAVE

Historiografía, identidad, memoria, nacionalismo, España, Modesto Lafuente, Austrias, Borbones, guerra de sucesión, Felipe V, Carlos II

INDICE

1	INTRODUCCIÓN.....	1
2	HISTORIOGRAFÍA Y NACIONALISMO	2
3	BIOGRAFÍA INTELECTUAL DE MODESTO LAFUENTE	5
3.1	Primeros años (1806-1836).....	5
3.2	Un escritor político (1837-1843).....	8
3.3	La Historia General de España (1844-1853).....	9
3.4	Un político escritor (1854-1866).....	11
4	DE LOS AUSTRIAS A LOS BORBONES	13
4.1	La cuestión sucesoria	13
4.1.1	Los últimos años de Carlos II	13
4.1.2	Hacia una nueva dinastía.....	16
4.1.3	La llegada de Felipe V	18
4.2	La guerra de Sucesión	20
4.2.1	Un conflicto europeo.....	20
4.2.2	Los austracistas	24
4.2.3	El conflicto bélico	28
4.3	Una nueva política para un nuevo Estado.....	32
4.3.1	Reformas y política interior	32
4.3.2	La reforma de la Hacienda.....	37
4.3.3	Cambios en la política exterior	40
4.4	El cambio nacional.....	43
4.4.1	Economía y sociedad	44
4.4.2	Cultura.....	45
5	CONCLUSIONES	47
5.1	De la <i>decadencia</i> a la <i>regeneración</i>	47
5.2	Historiografía, memoria e identidad	51
6	BIBLIOGRAFÍA	56

1 INTRODUCCIÓN

El Estado-nación es uno de los elementos definatorios de lo que podemos llamar modernidad. Aunque su origen es antiguo, las revoluciones liberales del siglo XIX fueron las que establecieron definitivamente este nuevo marco político. Las raíces de nuestra sociedad globalizada y capitalista se hunden en estratos de diversa profundidad pero el período 1789 y 1848 ha sido crucial. El Estado, por un lado, viene a ser la forma real en que se ejerce efectivamente el poder legislativo, ejecutivo y judicial a través de instituciones como los tribunales, el ejército, el gobierno o la Hacienda. Por otro lado, la nación puede entenderse como una comunidad, un grupo humano que se sienten integrado por una lengua y una cultura común y que expresan su derecho a organizarse políticamente. Por esto se puede hablar de naciones sin Estado, y también de Estados sin nación.

De todas formas, a partir de esta diferencia (realizada aquí con el ánimo de aclarar los conceptos) han aparecido numerosas discusiones y debates en el mundo intelectual y político. ¿Dónde empiezan y dónde acaban los límites de ambos conceptos? ¿Cómo se conjugan entre sí? Las necesidades jurídico-políticas del Estado se han tenido que enfrentar a la compleja realidad cultural de los territorios que componen el ámbito de su soberanía. Por este motivo, todas las naciones que han surgido a lo largo de la historia han tenido que crear diversos tipos de símbolos, rituales y prácticas para poder legitimar el poder de su Estado a través no sólo de la razón, sino también desde la emoción.

Asimismo, también han tenido que conformar una doctrina política, una ideología, llamada nacionalismo, que diversos autores han calificado incluso de religión secular. El nacionalismo crea una identidad colectiva con el objetivo de unir a todos los ciudadanos en su diversidad para poder mantener la cohesión social.¹ El problema de las identidades nacionales sigue levantando pasiones en nuestro contexto político, incluso en una era en que el marco del Estado-nación está siendo transformado por las fuerzas de la globalización. No cabe ninguna duda de que el nacionalismo está insertado en el genoma cultural de nuestro mundo moderno. Mientras el ser humano viva en

¹ Cf. Anthony Smith, *Las teorías del nacionalismo*, Barcelona, 1976; Ernest Gellner, *Naciones y nacionalismo*, Madrid, 2008.

comunidad, existirá el interrogante de cómo puede articularse una identidad colectiva, y el nacionalismo ha sido de momento una de las respuestas más efectivas y populares.

Nuestro trabajo intentará acercarse a esta problemática analizando un caso concreto en la creación de esta identidad. Como veremos, el saber histórico es necesario para articular esta conciencia colectiva con éxito y de esto se ocuparon historiadores como el que aquí hemos estudiado.

2 HISTORIOGRAFÍA Y NACIONALISMO

La Constitución de 1812 establece en su artículo tercero que la soberanía reside en la nación.² Esta última palabra debía necesariamente definirse dado que hacía de piedra angular de todo el aparato conceptual sobre el que se levantaba el liberalismo español. Definir la nación era definir el sujeto político, el *nosotros*. Diferentes "materiales" se han utilizado para construir ese *nosotros*: la lengua, la raza, la religión o la geografía. También diversas disciplinas intelectuales y culturales se dispusieron a crear este sentimiento. Así, a la cita no han faltado la pintura, la escultura, la literatura, la música. De este modo, cada una de ellas ha colaborado en mayor o menor medida a formar la imagen de unidad que toda nación desea.³ Nuestro trabajo se enmarca en el "material" que es la historia, entendida como producto intelectual de la historiografía. El historiador es quien practica esta disciplina con la que se elabora un conocimiento sobre el pasado, una *terra incognita* de la que nada podemos saber si no acudimos a sus restos o a la memoria.

La historiografía como disciplina científica tiene un origen reciente que deben situarse en el siglo XIX, cuando la filosofía de la Ilustración pasó a unirse con la erudición documental sobre el pasado para articular una explicación contrastada y libre de mitos sobre los tiempos pasados. Había que ponerle un sujeto a todos los acontecimientos que se tenían registrados y otorgarles un sentido. Este sujeto fue la nación. Historiadores de la primera mitad del XIX como el alemán Leopold von Ranke, el británico Thomas B. Macaulay o los franceses Jules Michelet y François Guizot,

² Constitución política de la monarquía española: promulgada en Cádiz a 19 de marzo de 1812. p. 3.

³ Eric H. Hobsbawm, "Introducción: la invención de la tradición" en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, 2002, pp. 7-21.

escribieron gruesos volúmenes en los que explicaban el origen de su nación, haciendo uso de un nuevo aparato conceptual y crítico que iría perfeccionándose. Era el nacimiento de la *ciencia histórica* en el sentido del Ochocientos.⁴ Si para los *antiguos*, la historia era la maestra de la vida, para los *modernos*, era la maestra de la patria. Esta élite intelectual en connivencia con las élites políticas se dispuso a generar una historia para poder habilitar en las mentes de los ciudadanos una continuidad entre el remoto pasado y la nueva realidad que se materializaba ante sus ojos. La historiografía surgió unida al desarrollo del Estado-nación por la necesidad que éste tenía de dar a sus ciudadanos una visión global para crear un sentimiento que sostuviera sus principios políticos. En la formación de la disciplina histórica, la relación con este proceso socio-político ha jugado siempre un papel fundamental⁵.

En España esta nueva ciencia se unió al romanticismo liberal y a la erudición eclesiástica, tradiciones que dominaban el contexto intelectual de la época.⁶ En este trabajo nos centramos en Modesto Lafuente, uno de los pioneros de esta élite esforzada por escribir la primera *historia nacional* en el sentido que aquí hemos comentado. Fue el prototipo de historiador español nacionalista a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XIX. Otros autores de diversa procedencia y opinión como Fernando Patxot, Antonio Cabanilles, Antonio Cánovas del Castillo o Víctor Gebhardt realizaron trabajos semejantes, pero todos permanecieron a su sombra. La influencia de su *Historia general de España* se extendió hasta los umbrales del siglo XX, pues sólo a partir de Rafael Altamira puede hablarse de una ruptura en los planteamientos metodológicos y epistemológicos de las *historias nacionales*.⁷

Los estudios que se han realizado sobre la labor historiográfica de Lafuente se centran en interpretarla como parte del proceso de construcción de esta cultura

⁴ Enrique Moradiellos, *El oficio de historiador*, Madrid, 2003, p. 48; Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, 1982, pp.115-134.

⁵ Roberto Fernández, "Historia de España para ciudadanos" en José Alfonso Moure Romanillos y Juan Santos Yanguas, *Historia de España I: Prehistoria*, Madrid, 2004. p. 29.

⁶ Juan Sisinio Pérez Garzón, "Modesto Lafuente, artífice de la historia de España" en Modesto Lafuente, *Historia General de España: discurso preliminar*, Pamplona, 2002, p. XLV.

⁷ Roberto López Vela, "De Numancia a Zaragoza: La construcción del pasado nacional en las historias de España del ochocientos" en Ricardo García Cárcel (coord.), *La construcción de las historias de España*, Madrid, 2005, pp. 200-205; Benoît Pellistrandi, "Escribir la historia de la nación española: proyectos y herencia de la historiografía de Modesto Lafuente y Rafael Altamira" en *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 17 (1997), pp. 148-150.

nacionalista. La mayoría de trabajos académicos que hemos consultado se acercan a esta problemática desde un punto de vista muy panorámico, acudiendo muchas veces exclusivamente al *Discurso Preliminar* de la *Historia general de España*. Sin embargo, algunos investigadores profundizan en aspectos concretos para despejar las ambigüedades. Fernando Wulff y José Ignacio San Vicente González de Aspuru se han centrado en la Antigüedad⁸, mientras que Roberto López Vela ha cubierto varias cuestiones del reinado de Carlos V.⁹ También es necesario citar la aportación de Mariano Esteban de Vega sobre la interpretación de Lafuente acerca del papel de Castilla respecto a los demás reinos de la monarquía hispánica.¹⁰

Nuestra modesta aportación se centrará en un aspecto que consideramos de especial relevancia para entender el desarrollo de la España moderna: el relevo dinástico de 1700, en el que los Habsburgo cedieron la corte a los Borbones. Sabemos que este es un período controvertido y con una abundantísima producción historiográfica, por lo que no es momento para realizar ahora un estado de la cuestión sobre este tema¹¹. Sin embargo, sí puede confirmarse con cierta facilidad que fue un asunto difícil para los historiadores liberales. La muerte de Carlos II y la entronización de Felipe V es un período de enorme trascendencia, en que terminan los doscientos años de dominio de los Austrias. En general, para los historiadores del XIX el año de 1700 marcaba el fin del declive que había empezado con Felipe II. Por su parte, Felipe V fue objeto de valoraciones muy dispares. Para los liberales castellanos, se trató de un representante de los valores de la modernidad, aunque a algunos les dolía que hubiera sido un rey

⁸ Fernando Wulff, "La historia de España de D. Modesto Lafuente (1850-67) y la historia antigua" en Salvador M. Ordóñez Agulla y Pedro Sáez Fernández (coords.), *Homenaje al profesor Presedo*, Sevilla, 1994, pp. 863-871; José Ignacio San Vicente González de Aspuru, "La visión de la Edad Antigua entre la *Historia General* de Modesto Lafuente y el *Nuevo método* de Antonio Delgado" en Eloy Benito Ruano, *Sulcum sevit: Estudios en homenaje a Eloy Benito Ruano*, vol. I, Oviedo, 2004, pp. 125-159.

⁹ Roberto López Vela, "Carlos V y España en la obra de Modesto Lafuente: La interpretación liberal de la nación española dentro del imperio de los Austrias" en José Martínez Millán (coord.), *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558): Congreso internacional, Madrid 3-6 de julio de 2000*, vol. III, Madrid, 2001, pp. 153-260.

¹⁰ Mariano Esteban de Vega, "Castilla y España en la *Historia general* de Modesto Lafuente" en Antonio Morales Moya y Mariano Esteban de Vega (dir.), *¿Alma de España?: Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Madrid, 2005, pp. 87-140.

¹¹ Cf. Ricardo García Cárcel y Rosa María Alabrús, *España en 1700: ¿Austrias o Borbones?*, Madrid, 2001.

extranjero el responsable de ella¹²; para los catalanes, en cambio, fue un déspota que eliminó sus derechos políticos y sumió su cultura en una larga decadencia; mientras que, finalmente, para los integristas católicos, contaminó el imperio con extranjeros y se entrometió en la fe de los españoles¹³.

3 BIOGRAFÍA INTELECTUAL DE MODESTO LAFUENTE

La vida de Modesto Lafuente se desarrolla en los años de transición del Antiguo Régimen a la nueva sociedad liberal y burguesa. Conoció la destrucción de un viejo orden y la configuración de uno nuevo. Su trayectoria vital es indisociable de las transformaciones que afectaron tan violentamente a España, más aún si tenemos en cuenta su nivel de implicación en la vida pública durante el reinado de Isabel II. Escritor, historiador y político fueron tres etapas distintas de su evolución intelectual, una sucesión de actividades muy comunes entre los hombres de letras que contribuyeron a formar la cultura oficial del Estado español.

3.1 Primeros años (1806-1836)

Modesto Lafuente Zamalloa nació el 1 de mayo de 1806 en Rabanal de los Caballeros en la provincia de Palencia. Su madre era María Francisca Zamalloa y su padre Manuel Fuente, médico rural en Cervera del Río Pisuerga. Los datos sobre su familia son escasos, pero hay que advertir que esta localidad fue una plaza fuerte de los franceses y capital de una de las prefecturas de la nueva administración de José Bonaparte. Es por ello que, como sugiere Juan Sisinio Pérez Garzón, se puede suponer que su padre tuviera contacto y simpatizase con las ideas *afrancesadas*¹⁴.

Al terminar la guerra Lafuente cursó sus primeros estudios en los agustinos de Cervera de Pisuerga, y en 1819 entró en el Seminario conciliar de León, siguiendo de este modo la trayectoria de su hermano Manuel. Allí estudió filosofía durante tres años y llegó a recibir la orden de tonsura. Aunque no tenemos noticias fidedignas, es muy

¹² Ricardo García Cárcel, *La herencia del pasado: las memorias históricas de España*, Barcelona, 2011, p. 403

¹³ Ricardo García Cárcel, *Felipe V y los españoles*, Barcelona, 2002, pp. 247-255.

¹⁴ Juan Sisinio Pérez Garzón, "Modesto Lafuente, artífice" ..., p. XII.

probable que el joven seminarista se haya visto influido por el ambiente inestable de la primera parte del reinado de Fernando VII, marcado por las conspiraciones y pronunciamientos liberales. Tras el paréntesis del Trienio Liberal, en 1823, tuvo que abandonar el Seminario y se instaló en Villavicencio de los Caballeros con su familia. Son unos años llenos de sombras en su biografía, en los que se registran interrupciones y discontinuidades en su formación.

La restauración absolutista tras el intento liberal del general Riego, comportó una política educativa muy rígida que, durante el ministerio de Francisco Tadeo Calomarde, cedió a la Iglesia el control total de la educación. Entre 1824 y 1825 se reforzó la vigilancia de los seminarios, se depuraron los clérigos acusados de militancia liberal y se cambió el contenido de los planes de estudio¹⁵. El obispo de León en esos años, Joaquín Abarca y Blanque, fue un destacado defensor de estas políticas. Es muy probable que Lafuente se viera afectado por estas represalias, ya que los documentos indican que estuvo cambiando constantemente de domicilio. No fue hasta 1829 cuando pudo encontrar la forma de continuar sus estudios en Derecho y Teología en Astorga, mientras realizaba pequeñas funciones en la parroquia de San Pelayo en Villavicencia.

Los últimos años de la monarquía de Fernando VII se caracterizaron por una política reaccionaria que buscaba contener los diferentes intentos por imponer el liberalismo. El miedo al contagio de las revoluciones que en 1830 estaban organizándose por toda Europa, provocó que las autoridades clausurasen las universidades, que eran un centro de difusión de ideas consideradas subversivas, cercenando con ello la aspiración de nuestro personaje de estudiar Derecho en Santiago de Compostela¹⁶. Sin embargo, la situación tomó un giro favorable con el nombramiento de Félix Torres Amat en 1831 como obispo de Astorga¹⁷. De carácter liberal, su mandato hizo patente el cambio que estaba produciéndose en algunos sectores de la clerecía durante los últimos años de la *década ominosa*. Grupos de la Iglesia empezaban a abandonar las posiciones más integristas en pos de una visión acorde a la construcción del Estado liberal. En ese

¹⁵ Josep Fontana, *De en medio del tiempo: la segunda restauración española: 1823-1834*, Barcelona, 2006, pp. 151-152.

¹⁶ *Ibidem*, pp. 151-152.

¹⁷ Félix Torres Amat (1772-1847). Eclesiástico, erudito y escritor. Fue miembro de la Real Academia de la Historia desde 1816. (Antoni Simón i Tarrés (dir.), *Diccionari d'historiografia catalana*, Barcelona, 2003, pp.1138).

mismo año, los documentos sitúan a Lafuente en Astorga, con los empeños de bibliotecario y profesor de seminaristas. Las simpatías políticas con el nuevo obispo debieron haber sido un factor determinante para su futura trayectoria profesional.

La muerte de Fernando VII en 1833 iniciaba el fin de una era en la historia España. El absolutismo se descomponía y se abría un tiempo de incertidumbre sobre el modelo a seguir. Los defensores más intransigentes del Antiguo Régimen se agruparon en torno a la figura del príncipe Carlos, mientras que los liberales lo hicieron con Isabel II, heredera al trono, y con la regente María Cristina de Borbón. Se inicia un proceso de transición hacia un régimen constitucional que durará hasta 1840, marcado por la violencia de los levantamientos carlistas por todo el país¹⁸. La zona de León fue uno de los focos de resistencia más importante de este movimiento. Un motín tomó la ciudad en enero de 1833 y el mismo obispo Albarca se incorporó como consejero de Carlos María Isidro¹⁹. En este contexto de guerra civil tan poco favorable, Lafuente decidió alinearse con el bando liberal. En Astorga, el seminario fue incendiado por partidarios del príncipe Carlos para facilitar la entrada de las partidas ultras y, huyendo de la violencia contrarrevolucionaria, nuestro historiador se matriculó en Teología en la Universidad de Oviedo en 1834.

Sin embargo, la carrera eclesiástica le sembraba dudas al joven Lafuente. En un período de rápidas y violentas transformaciones, la función social de la Iglesia se vio alterada. El régimen liberal preparaba la secularización del Estado, de modo que esta institución vio limitado su poder. Ya no era garantía de un modo de vida estable como lo había sido durante del Antiguo Régimen. Se puso en contacto con el obispo Torres Amat para que le orientase hacia otros oficios alejados de los claustros. En 1836 fue nombrado secretario de la junta diocesana de León, donde tuvo que tratar directamente con la venta de tierras eclesiásticas puesta en marcha con la desamortización de José Álvarez Mendizábal. Fue nombrado juez de hecho, pero sólo pudo ejercer esta función por un breve espacio de tiempo ya que la mencionada ocupación de León por los carlistas dejó en suspenso los procesos judiciales.

¹⁸ Cf. Julio Aróstegui y Jordi Canal; Eduardo González Calleja, *El carlismo y las guerras carlistas: hechos, hombres e ideas*, Madrid, 2003.

¹⁹ Josep Fontana, *De en medio del tiempo...*, pp. 329-330.

3.2 Un escritor político (1837-1843)

Al amparo de la Constitución de signo progresista de 1837, se convocaron elecciones para agosto de aquél año. Con la toma de posesión del nuevo gobierno moderado, Lafuente consiguió el apoyo de tres diputados leoneses para su nombramiento como oficial primero del gobierno civil. Al mismo tiempo que se implicaba en la vida política del nuevo régimen, comenzó a publicar varios escritos de talante liberal, muy críticos con el absolutismo y el catolicismo más intolerante.

La culminación de estas publicaciones fue la revista satírica editada en marzo de ese año, *Fray Gerundio*, que exponía la caricatura de un clérigo aislado en su parroquia que lanzaba ridículas diatribas contra los liberales. Con este personaje se hacía una burla de la retórica e ideas políticas del Antiguo Régimen²⁰. Gracias a la libertad de prensa de este período y a la rápida expansión de las imprentas, la revista tuvo un enorme éxito en toda España, especialmente entre las clases populares. Esto le proporcionó fama y riqueza a su autor, pero también le significó el cese de sus cargos. Con el éxito de público y de crítica entre los sectores más progresistas, Lafuente se vinculó a la prensa madrileña. De este modo, empezó a consolidarse como un escritor público con un fuerte compromiso político. Continuó como editor de *Fray Gerundio* hasta 1841, ya que la publicación la tuvieron que cerrar tras una polémica con el general Prim, que había sido ridiculizado en un número de su revista. Con todo, ello no impidió que siguiera con otros proyectos, entre las que cabe destacar el semanario *La Risa*.

Sin dejar de lado su vocación literaria, su carrera política continuó adelante. En esos años España atravesaba una sucesión de crisis de gobiernos debido a la falta de consenso entre los sectores moderados y progresistas. En 1840 el general Baldomero Espartero daba un golpe de Estado y la reina María Cristina se exiliaba en Francia. Se sentaba así el precedente para una serie de pronunciamientos militares que marcaron la vida política española a lo largo de todo el siglo. Después de tres años de regencia, agitados por las sublevaciones y las conspiraciones, Espartero abandonaba el gobierno de la nación, disolvía las Cortes y convocaba elecciones para marzo²¹. Lafuente se

²⁰ El personaje de Fray Gerundio está basado en una caricatura que el escritor José Francisco Isla (1703-1781) había hecho de los predicadores que utilizaban un lenguaje excesivamente barroco. (Mónica Fuertes-Arboix, *La sátira política en Fray Gerundio (1837-1842)*, Ohio State University, 2006, p.80).

²¹ Cf. Juan Francisco Fuentes *El fin del antiguo régimen: 1808-1868 (Política y sociedad)*, Madrid, 2007.

presentó entonces como diputado por el distrito de León. No obtuvo los votos suficientes para entrar en el Congreso, aunque quedó como suplente. Al mes siguiente volvió a presentarse y recaudó todavía menos votos que en la primera vuelta.

Con casi toda seguridad, la posición política de nuestro autor debía ser la de un opositor al régimen de Espartero, caracterizado por el personalismo y el militarismo. Pertenecía a una generación que había luchado duramente en contra del Antiguo Régimen para establecer las bases de un régimen moderno, y este deseo cada vez parecía acercarse más a la realidad con la mayoría de edad de Isabel II y su investidura como reina. Se daba inicio a la llamada década moderada, en la que muchos de los participantes en las revueltas liberales progresistas optaron por un posicionamiento más atemperado en búsqueda de una mayor estabilidad política y económica para el país²².

Este cambio de valores políticos se nota en su obra periodística. El anteriormente autor satírico daba paso ahora a un ensayista pródigo en descripciones costumbristas y apuntes políticos. En periódicos como *El heraldo* describe la cultura y costumbres de sus contemporáneos, sin abandonar la pizca de humor que lo había hecho popular entre sus primeros lectores. El caso de Lafuente es sintomático de las transformaciones culturales y sociales del siglo XIX, cuando alguien de procedencia modesta podía alcanzar un estatus muy destacado gracias a la escritura y a la prensa. Cuando en 1843 se casó con María Concepción Mellado, la hermana de su editor, su patrimonio ascendía al millón y medio de reales. Lafuente había conseguido ya una riqueza notable que se unía a una notable notoriedad entre los círculos intelectuales y políticos.

3.3 La Historia General de España (1844-1853)

Fue desde entonces cuando sus escritos comenzaron a dar un giro hacia el periodismo y la investigación social. A partir de 1845 empieza a editar su *Teatro Social del Siglo XIX*, que ya era una confirmación de sus intentos por ir más allá de la literatura humorística que le había dado tanto éxito. La revista se publicaba en tiradas que llevaban el nombre de *funciones*. En ellas se hacen descripciones minuciosas de personajes arquetípicos o famosos, historias costumbristas, narraciones satíricas o comentarios de actualidad. En esta línea, hay que incluir la reedición de *Fray Gerundio*,

²² Cf. Isabel Burdiel, *Isabel II: una biografía (1830-1904)*, Madrid, 2010; Juan Sisinio Pérez Garzón, *Isabel II: Los espejos de la reina*, Madrid, 2004.

esta vez con el subtítulo de *Revista Europea*, entre 1848 y 1849. De tirada quincenal, además de los escritos de estilo *gerundianos*, se incluían reportajes sobre lo que sucedía en Europa²³.

Paulatinamente quedó claro que sus aspiraciones intelectuales ya no cabían en la edición de diarios. Le hacía falta un nuevo proyecto en el que pudiera aunar su talento literario y sus preocupaciones sociales y políticas. Estamos a mediados de la década de 1840, justo el momento en que en España se estaba produciendo un debate sobre la ausencia de una *historia nacional* española. Los escritores que mejor habían realizado esta labor eran extranjeros, como los franceses Carlos Romey y Rossew de Saint-Hilaire. La única referencia española era la antigua y resistente obra de Juan de Mariana, que se remontaba al 1592. La prensa se hizo eco de esta situación y la convirtió en un asunto de orgullo patrio, ya que el mismo Saint-Hilaire había cuestionado la fiabilidad de la *Historia general de España* de Mariana²⁴. Explicar el pasado común era una tarea prioritaria en el marco del establecimiento de una cultura nacional, por lo que tenía una relevancia política de primer orden. Había que *nacionalizar* España, mostrando una historia común de la que aprender y, sobre todo, sentirse orgulloso del pueblo español²⁵.

Motivado por esta necesidad, Lafuente puso manos a la obra en 1846. Trabajó básicamente con los documentos alojados en la Biblioteca Nacional y en la Academia de la Historia, aunque visitó numerosos archivos, entre ellos el de Simancas, donde pasó todo el verano de 1849²⁶. En su investigación recibió la ayuda de otros historiadores y archiveros de tanta relevancia como Prósper de Bofarull²⁷. En 1850 se publicó el primer

²³ María del Pilar Espín, "¿De qué se reían los románticos?: El humor de Fray Gerundio" en vv.AA., *Romanticismo: Actas del V Congreso (Nápoles, 1-3 de Abril de 1993). La sonrisa romántica. (Sobre lo lúdico en el Romanticismo hispánico)*, Roma, 1995, p. 97-99; Mónica Fuertes-Arboix, "Costumbrismo al servicio de la sátira: El viaje aerostático de Modesto Lafuente y Zamalloa (1847)" en *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 83 (2007), pp. 433-442.

²⁴ Antonio Ferrer del Río, "El señor don Modesto Lafuente, su vida y sus escritos" en Modesto Lafuente, *Historia General de España*, vol. XXX, Madrid, 1867, p. XLI.

²⁵ Roberto López Vela, "De Numancia a Zaragoza"..., pp. 197-198.

²⁶ Antonio Ferrer del Río, "El señor don Modesto Lafuente"..., p. XLII.

²⁷ Prósper de Bofarull (1777-1859) fue un erudito que trabajó en el Archivo de la Corona de Aragón, donde catalogó y ordenó gran parte de sus documentos. Fue también miembro de la Real Academia de la Historia desde 1817 y presidente de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. (Gonzalo Pasamar Alzurria, *Diccionario de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, Madrid, 2002, pp. 133-134).

tomo. El recibimiento de la obra por parte de las instituciones fue muy positivo. En octubre de 1852 se propuso su ingreso para la Real Academia de la Historia y en enero de 1853 formalizó su entrada con un discurso titulado *Fundaciones y vicisitudes del Califato de Córdoba, causas y consecuencias de su caída*. El tribunal para su ingreso lo aceptó por unanimidad. La prensa también aupó su labor de historiador sin distinción de signo político. Diarios como *La Época*, *El Herald* y *La España* hicieron publicidad de los volúmenes y encumbraron su figura como héroe de las letras. En un decreto de enero de 1851 se recomendaba la compra de la *Historia general de España* a los ayuntamientos, diputaciones y consejos por lo que puede decirse que Lafuente fue el primer historiador oficial del nuevo estado-nación español. Es decir, un historiador canónico de la España liberal²⁸.

En ese mismo año de 1853 ingresó en la administración pública de la mano del nuevo gobierno moderado como Consejero de Instrucción Pública. Aunque fuese un cargo esencialmente simbólico, servía para conectarle con la política estatal. Con más de la mitad de los volúmenes de la *Historia de España* publicados, Lafuente había ganado un prestigio que le permitió entrar directamente en la vida política de los últimos años del reinado de Isabel II. Mediante la escritura de la historia nacional, consiguió el reconocimiento político y pudo lanzarse con los ánimos reforzados para internarse otra vez en el campo de batalla parlamentario.

3.4 Un político escritor (1854-1866)

La estabilidad política de la *década moderada* tocó a su fin en 1854. Los militares de signo progresista se volvieron a levantar, esta vez dirigidos por el general Leopoldo O'Donnell. Isabel II se vió obligada a ceder frente a sus reclamaciones, expresadas en el Manifiesto del Manzanares, y traspasó el poder otra vez al general Espartero. Lafuente se encontraba en ese sector descontento con el partido progresista y el moderado, y se presentó a las elecciones como diputado por León. Con 12.103 votos de un total de 17.973 pudo acudir a las cortes constituyentes que inauguraban el período que después sería conocido como *bienio progresista*, y en ellas formar parte de la comisión redactora de la ley electoral y de la Constitución.

²⁸ Francisco de Asís López Serrano, "Modesto Lafuente como paradigma oficial de la historiografía española del siglo XIX: una revisión bibliográfica" en *Chronica nova*, 28 (2001), p. 333.

Durante este período es cuando se puede observar más directamente la doctrina política de nuestro historiador. En este aspecto su alineamiento era bastante ambivalente. Se consideraba progresista pero no apoyaba a los republicanos ni se posicionaba con los demócratas. De hecho, su propia definición era la de *ecléctico*. Defendía la necesidad de un rey que mediase en los procesos legislativos y destacaba especialmente por su defensa del catolicismo como rasgo esencial de los españoles, lo que le llevaba a justificar la confesionalidad del Estado. En los diarios de sesiones del Congreso de los Diputados se registran varias declaraciones suyas en las que considera que la libertad de expresión era un derecho fundamental, pero que no debía ir en contra de la Iglesia o la religión católica.

En 1856 las disensiones internas quebraron al gobierno, O'Donnell restauró la Constitución de 1845 y con la llegada de Ramón García Narváez se pondría fin a los intentos de redactar una carta magna de signo progresista. Al terminar el llamado *bienio progresista* había cuajado una formación política que buscaba aglutinar a los políticos más centristas con una voluntad de consenso: la *Unión Liberal*²⁹. Lafuente se incluía en este sector, es decir, entre los que estaban a la izquierda de los moderados y la derecha de los progresistas. En marzo de 1857, volvió a ganar las elecciones de la circunscripción de León con 316 votos sobre un total de 517. Durante esa última década estuvo implicado en numerosas organizaciones relacionadas con los estudios históricos y contribuyó a la creación de muchas de ellas. Es preciso destacar sus cargos como presidente de la Junta Superior de Archivos y Bibliotecas y como director de la primera Escuela Superior de Diplomática, fundada en 1856. Así pues, su papel como profesionalizador de la disciplina historiográfica fue fundamental³⁰.

En los años que estuvo como diputado hasta su muerte, su participación política fue menos intensa, aunque ocupó numerosos cargos. Destacamos el de vicepresidente del Congreso. Fue también vocal de variados organismos como la Junta General de Beneficencia, el Consejo de Instrucción Pública o la Junta Consultiva de Ultramar. En

²⁹ Cf. Frances-Andreu Martínez Gallego, *Conservar progresando: la Unión Liberal, 1856-1868*, Valencia, 2001.

³⁰ Cf. Ignacio Peiró Martín, *Los Guardianes de la historia: la historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, 2006.

1865 volvió a presentarse a las elecciones y entró en el Consejo de Estado. El 25 de octubre de 1866 murió a causa de una pulmonía crónica.

4 DE LOS AUSTRIAS A LOS BORBONES

Como ya hemos dicho anteriormente, nuestro análisis se va a centrar en comprender las posiciones de Lafuente sobre el cambio dinástico con el que se inicia el siglo XVIII y las repercusiones que en su opinión tuvo para la historia de España. Como es evidente no hemos seguido exactamente el orden que propone el autor en su obra, sino que hemos organizado nuestra exposición en cuatro apartados que creemos que recogen las preguntas más esenciales que cabe hacer a la interpretación de Lafuente al respecto: sucesión, guerra, política y cambio *nacional* (en el que incluimos los aspectos sociales, económicos y culturales).

4.1 La cuestión sucesoria

4.1.1 Los últimos años de Carlos II

Como era de esperar, Modesto Lafuente comienza su dedicación del Setecientos ocupándose de Carlos II. Su valoración del reinado no deja lugar a dudas: fue el momento más bajo de la larga decadencia en la que se había hundido el imperio desde el siglo XVII³¹. Desde la muerte de Felipe II, la Monarquía hispánica se había sumido en una progresiva etapa de agonía, en la que los logros conseguidos desde los Reyes Católicos se malograron. Este trayecto de *auge y caída* era inevitable tal como se extraía de otras experiencias históricas: *por precipitada y rápida que sea, las naciones que han llegado a ser muy poderosas tienen una distancia necesaria que recorrer desde la cumbre de su grandeza hasta el abismo de su ruina*³². El nacimiento de un rey enfermo venía a confirmarlo³³. El propio autor se jacta de no tener la necesidad de nombrar a Carlos II en el primer tercio del reinado ya que ni decidía nada ni era tomado

³¹ Modesto Lafuente, *Historia General de España*, vol. XVII, Madrid, 1856, p. 319.

³² *Ibidem*, p. 386

³³ Modesto Lafuente, *Historia General de España: discurso preliminar...*, p. 89.

en serio por la corte, que operaba al margen y establecía pactos que le resultaban ajenos al monarca³⁴.

Uno de los hechos claves, al decir de Lafuente, es el cambio de la posición internacional de España. A lo largo del todo el siglo XVII, pero agudizado en sus últimas décadas, había tenido lugar un verdadero proceso de relevo de su papel imperial. España ya no era la Monarquía temida por todos. Ahora era el turno de Luis XIV para hacerse con el respeto de sus vecinos, como anteriormente lo habían hecho Carlos V y Felipe II³⁵. En este sentido, nuestro autor contrasta el vigor político y económico de Francia, con el carácter patético de Carlos II y la abyección que dominaba la sociedad española en esos momentos. En el contexto de la decadencia del imperio, la tarea de España era conservar con urgencia todo lo que pudiera, sentencia Lafuente.

Este intercambio de imperios, se evidencia con los sucesivos ataques franceses sobre el territorio peninsular y sus posesiones europeas. Los Países Bajos y Cataluña fueron atacados y Messina se levantaba gritando vivas a Francia. Pese a que cita heroicos ejemplos de resistencia, Lafuente opina que el desastroso estado de la economía y de los ánimos no pudo hacer frente a las renovadas fuerzas del emperador francés³⁶. A partir de estos casos, Lafuente confirma que la decadencia es irreversible y segura. España no puede hacer nada ante estos traumas y se vio obligada a firmar la Paz de Nimega. Se certificaba así la creciente francesa sobre la Monarquía hispánica. Su conclusión es clara: *nunca tan alto había rayado el poder de Luis XIV*³⁷.

La situación en los reinos hispanos era desoladora. Lafuente pinta un cuadro trágico y desventurado, en el que *todo parecía anunciar el término y fin de esta desventurada monarquía*³⁸. Se citan motines populares producidos por el alza de precios y también se hace referencia al endeudamiento en el campo. Piratas y bandidos azotaban los territorios del imperio, del mismo modo que huracanes, pestes y terremotos. Los ministerios del duque de Medinaceli y del conde de Oropesa poco pudieron hacer para

³⁴ Modesto Lafuente, *Historia...*, vol. XVII, pp. 396-397

³⁵ *Ibidem*, p. 400.

³⁶ *Ibidem*, p. 402.

³⁷ *Ibidem*, p. 406.

³⁸ *Ibidem*, p. 405.

detener la *gangrena que estaba corroyendo las entrañas del cuerpo social*³⁹. La peste se extendía por el sur de la península y la economía estaba colapsada⁴⁰. A pesar de todo ello, Lafuente explica como en la corte no parecían estar muy preocupados por estos asuntos y preferían ir de caza y auspiciar fiestas religiosas.

Mientras tanto, las tropas francesas ganaban las batallas y el poder del Rey Sol aumentaba inexorablemente sobre los dominios españoles. Se libran combates en Piamonte, Saboya, Namur, Alicante, Luxemburgo y Barcelona. Cataluña es atacada repetidamente y en la contienda los somatenes sufren dolorosas pérdidas. Los franceses demostraron *al mundo y a la historia*⁴¹ que eran la nueva potencia, pero España pudo salvar *milagrosamente*⁴² lo que le quedaba.

En este contexto la popularidad de Carlos II se resentía tanto en el círculo aristocrático que le rodeaba como en el pueblo. Era *vox populi* que el rey se dejaba llevar por cualquiera, lo que se expresa en las coplas satíricas que abundaron en los últimos años de su reinado. Su nueva esposa, Mariana de Neoburgo, lo obligó a destituir al conde de Oropesa. Lafuente señala con rotundidad como el rey *era incapaz de querer mal a nadie, pero los apartaba de su lado si otros no los querían bien*⁴³. Quedaba, por tanto, un monarca débil de cuerpo y ánimo sometido a los designios de su consorte, que se dejará llevar por las decisiones de sus otros consejeros y por eso la corte, hundida en *miserables intrigas de favoritismo*, conspiraba en búsqueda de un hombre fuerte⁴⁴.

Tras esta destitución de Oropesa, el poder quedó en manos de su esposa y esta tomó temporalmente las riendas del gobierno. La última década es una colección de malas decisiones, adoptadas de manera precipitada y sin consultar a las personas correctas. El infeliz estado de la Monarquía parecía irremediable con la incompetencia de sus dirigentes, que otorgaban cargos de confianza a figuras oscuras o simplemente ineptas⁴⁵. Se nos presenta una corte encerrada en supersticiones, que acude a exorcistas y otros

³⁹ *Ibidem*, p. 412.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 180.

⁴¹ *Ibidem*, p. 408.

⁴² *Ibidem*, p. 412.

⁴³ *Ibidem*, p. 412.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 178.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 234.

personajes grotescos para que expulsen al demonio del cuerpo de Carlos II. Se narran episodios que a juicio del mismo autor son *puerilidades y sandeces ridículas* manejadas por *inquisidores, frailes y mugeres*⁴⁶.

Lafuente destaca como desde una junta especial convocada por el rey se criticaba la excesiva influencia de la Inquisición en el poder judicial, señalando así otro mal que azotaba la España del momento: el fanatismo religioso. Pero quizás, el hecho más relevante sería para nuestro autor el Auto General de Fe de 1680. Por eso describe con profusión toda la ceremonia, para concluir que era un *testimonio lamentable de los progresos que iba haciendo el fanatismo en ese miserable reinado*⁴⁷. De todas formas, nuestro autor recuerda también que abundaban las señales que indicaban la decadencia de la *casi-omnipotencia inquistorial*, como señala después de examinar un documento elaborado por una comisión real que investigaba la injerencias de esta institución en el poder judicial⁴⁸.

En definitiva, para Lafuente la figura de Carlos II viene a representar el ocaso del imperio español. La Providencia, es decir, la fuerza divina que mueve la vida humana sobre la tierra, había decidido castigar a España. En su opinión, el envilecimiento de sus dirigentes y un monarca incapacitado la había llevado a la quiebra moral y material. Pero a mediados de la década de los noventa se añadía una nueva preocupación: la ausencia de un heredero al trono.

4.1.2 Hacia una nueva dinastía

Por todos los miembros de la corte, Lafuente afirma que era de sobras conocido que el rey no podía tener descendencia. Al dejarse manipular por los demás, hasta el extremo de destituir sus ministros, la cuestión sobre quién podía sucederle fue motivo para que se formaran partidos enfrentados en el seno de sus propios consejeros. Lafuente explica los tres partidos que pugnarán por la línea de sucesión. Primero, la facción representada por Mariana de Neoburgo, el cardenal Portocarrero y almirante de Castilla, que apoyaba al hijo del emperador Leopoldo, Carlos I. En segundo lugar, un sector encabezado por el rey que deseaba al príncipe de Baviera. Y por último, estaba el

⁴⁶ *Ibidem*, p. 304.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 169.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 242.

partido francés, mucho más reducido que los demás, ya que la guerra en Cataluña tenía enfrentados a sus defensores.

Sin embargo, la habilidad de las negociaciones diplomáticas del embajador Harcourt, logró poner a la reina y al marqués de Portocarrero a favor del partido francés⁴⁹ y además la muerte del príncipe de Baviera obligó a cambiar todas las alianzas. Por lo tanto, quedaba enfrentados el partido francés y el austríaco. Las tareas de gobierno habían quedado suspendidas: *la cuestión de sucesión era el negocio que absorbía todo el interés, el gobierno y la administración del estado del Estado estaban abandonados completamente*⁵⁰. Hasta que el conde Oropesa no renunció, y Portocarrero no accedió a sentarse a negociar con el rey, no se consiguió el triunfo definitivo del partido francés.

Por tanto, la conclusión que extrae Lafuente es que lo que antes era un asunto exclusivo del monarca, con el último de los Austria pasa a ser discutido por conspiradores intrigantes y por las potencias extranjeras: *en esta ruidosa contienda, la última palabra no la tenía el reino de España sino las potencias extranjeras. ¡A tal extremo de impotencia habíamos venido!*⁵¹. Los embajadores de Luis XIV lograron convencer a los personajes más influyentes de la corte de Carlos II. Lafuente señala que como *rey timorato* que era, sólo de esta forma se pudo lograr un acuerdo⁵². Su testamento se redactó en octubre de 1700: se establecía como legítimo heredero a Felipe, duque de Anjou y nieto de Luis XIV. El 1 de noviembre, el soberano moría tras una prolongada agonía. En unas pocas semanas se hicieron los solemnes actos de investidura, en los cuales Luis XIV pronunció una de las frases que representan este cambio trascendental: *Desde este instante no hay Pirineos*.

Por eso Lafuente considera que España decidió cambiar de linaje y dejar de lado a los Austrias por la ruina moral en la que habían caído. La casa de Austria había puesto por encima sus intereses dinásticos a los nacionales y la nación se había desangrado por

⁴⁹ *Ibidem*, p. 289.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 305

⁵¹ *Ibidem*, p. 423.

⁵² *Ibidem*, p. 315.

una administración corrupta e ineficaz que protegía un imperio que sólo servía a la dinastía Habsburgo. Así lo narra nuestro autor:

“El partido austriaco perdía de cada día mas en España (...) ya teniendo en cuenta los inmensos daños que había causado á España la imprudente protección dada siempre por nuestros reyes al imperio, y la miseria y la ruina que nos habia ocasionado el afan indiscreto de estar incesantemente enviando y sacrificando nuestros hombres, y consumiendo y agotando nuestros tesoros por engrandecer o sostener la casa austro-alemana”⁵³.

Para Lafuente fue preferible optar por un príncipe extranjero antes que por una corona que *sacrificó sus hijos, agotó sus tesoros y ahogó sus libertades políticas*⁵⁴. La llegada de Felipe V fue para el palentino una verdadera suerte dada la necesidad que el país tenía de un cambio de gobernación. Parecía que la Providencia había cambiado sus designios. Una nueva estaba a punto de abrirse.

4.1.3 La llegada de Felipe V

El Felipe de Anjou que dibuja Lafuente es la antítesis de Carlos II: joven, vigoroso, bien educado y preparado para gobernar. Su formación en la corte de Versalles le daba un aspecto totalmente contrario al de los monarcas españoles del siglo XVII, representantes de una casta envejecida⁵⁵. Aconsejado directamente por Luis XIV, el nuevo soberano venía con todas las fuerzas para demostrar que el cambio iba a afectar a todos los reinos de España para bien.

Los consejeros más influyentes en la nueva corte borbónica fueron Luis Fernández de Portocarrero y Manuel Arias. Ambos se convirtieron en los verdaderos hombres de confianza del rey principiante, pero no reciben una valoración demasiado buena por parte de Lafuente. Engreídos y demasiados prepotentes en su ejercicio, nuestro autor opina que hicieron aflorar divisiones internas y fomentaron la aparición de partidos contrarios al rey. Las primeras tensiones se dieron con la reticencia del monarca a convocar las Cortes de Castilla, que se interpretó como el signo de que el soberano estaba dispuesto a abrazar el modelo francés⁵⁶. En Cataluña, las cortes se convocaron

⁵³ *Ibidem*, p. 269.

⁵⁴ Modesto Lafuente, *Historia General de España: discurso preliminar...*, p. 101.

⁵⁵ Modesto Lafuente, *Historia...*, vol. XVIII, p. 5.

⁵⁶ *Ibidem*, pp. 14-16.

con resistencia, pero Lafuente llama la atención sobre como *obtuvieron más de los que habían podido prometerse*⁵⁷.

De todas formas, la calurosa acogida que recibía el rey en cualquier lugar en el que se celebrasen cortes regionales, hacía pensar que contaba con el apoyo de la mayoría de la población. El autor destaca como signo de lealtad, el hecho de que en sus discursos juró respetar las leyes de cada jurisdicción y trabajar por la prosperidad de todos. En definitiva, España tenía con la elección de Felipe V un *motivo para felicitarse de la monarquía*⁵⁸. Sin embargo, el dejarse gobernar por un soberano francés tendría para Lafuente un precio que luego habrá que pagar.

El reconocimiento continental de Felipe V es atribuido por nuestro historiador a los esfuerzos diplomáticos de Luis XIV con el resto de potencias europeas. A su juicio, las demás monarquías no iban a permitir tan fácilmente que los franceses se hicieran con un aliado tan poderoso como los españoles. Semejante cambio de situación fue tratada por la vía diplomática, pero también se abría la posibilidad de una guerra entre el Imperio austríaco y el español⁵⁹. Aunque la resolución de los Borbones de batirse por las armas para conseguir la legitimación de su nuevo rey era firme, Lafuente recuerda que Luis XIV prefirió persuadirlos políticamente de la conveniencia del cambio dinástico. El emperador austríaco Leopoldo se negó a reconocer esta decisión ya que veía en ella una manipulación evidente. Holanda e Inglaterra, aunque no se habían decidido aún, empezaron a prepararse para un posible conflicto bélico. Para estas potencias ascendentes, la coronación de un Borbón en el trono español significaba un fortalecimiento intolerable de la posición internacional de Francia que amenazaría sus posiciones en el mundo⁶⁰.

Si bien Lafuente reconoce que la resolución testamentaria de Carlos II en que nombraba a Felipe de Anjou fue presentada ante la opinión europea como un sacrificio de Francia para mantener la estabilidad en Europa, no menos recuerda que para el resto de territorios *era evidente* que esta excusa no era suficiente para disimular las

⁵⁷ *Ibidem*, pp. 21-22.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 29.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 31.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 32.

ambiciones imperialistas de Luis XIV, entre las cuales estaba incluida la fusión de las monarquía francesa y española⁶¹. Por eso nuestro historiador cree que finalmente el monarca galo se adelantó a cualquier movimiento de tropas enemigas e inició el ataque en los Países Bajos, con el que obtuvo el reconocimiento de los holandeses y los británicos⁶². Lafuente opina que se podrían haber ahorrado muchos conflictos, si el rey francés hubiera tenido una *conducta prudente y moderada* en vez de bloquear el comercio y atacar a esos territorios. Y otro factor también juzga negativamente: el nombramiento que Luis XIV hizo de su hijo Luis como sucesor de Inglaterra, después de la muerte del rey Jacobo II en septiembre de 1701. Este hecho es calificado de *locura* por el historiador palentino, pues cree que no hizo más que ocasionar el envío de tropas inglesas a Holanda⁶³.

4.2 La guerra de Sucesión

4.2.1 Un conflicto europeo

Al abordar la guerra de Sucesión, el autor empieza recordando que el origen de la contienda es europeo. Esta dimensión europea del conflicto se desarrolla con mucha profundidad a lo largo de los nueve primeros capítulos del tomo dedicado a los dos primeros Borbones. Lafuente reconoce que la guerra en la península fue brutal pero que al compararse con Europa, *mayores habían sido y de más difícil remedio los reveses y los infortunios*⁶⁴. Además, la lucha sólo *comenzó a encenderse dentro de nuestra península*⁶⁵ después del recibimiento de Carlos de Austria.

El autor presenta una Europa en tensión, en la que España aparece como un reino amenazado por las potencias marítimas de Inglaterra y Holanda, con la corona francesa como única aliada⁶⁶. El conflicto también se desbordó más allá del continente europeo, hacia África y el Atlántico. Las colonias americanas eran un deseado botín de guerra

⁶¹ *Ibidem*, p. 32.

⁶² *Ibidem*, pp. 33-34.

⁶³ *Ibidem*, pp. 44-45.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 174.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 76.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 71.

para los ingleses y holandeses⁶⁷. Había mucho en juego, de modo que ni borbónicos ni aliados escatimaron esfuerzos, ocasionando que la guerra fuera larga, costosa y sangrienta en sus posesiones de ultramar⁶⁸. Los hechos de armas y la personalidad de los comandantes son los aspectos más extensamente tratados por Lafuente para explicar el desarrollo de la contienda. Se explica con todo lujo de detalles la actividad de varios frentes bélicos, de los cuales se pueden extraer algunas conclusiones generales sobre como el autor percibe la relación de España con los demás reinos europeos.

Los Países Bajos eran uno de los territorios estratégicos más importantes para España ya que eran un patrimonio de incalculable valor comercial, obtenido gracias a la política de Carlos V⁶⁹. La nueva alianza con los franceses hacía que tuviera una relevancia aún mayor, porque marcaba una entrada a su reino. La guerra en estos territorios provocó muchas tensiones que pusieron a prueba el compromiso de los franceses con Felipe V. Los duros combates y la costosa financiación de la contienda llevaron a Luis XIV a tantear una posible paz, pero según Lafuente la valerosa oposición de Felipe V lo pudo impedir⁷⁰. De cualquier modo, la unidad entre los Borbones se mantuvo sólida aún cuando parecía que se tambaleaba.

El frente de Italia es otra de las zonas que puso en peligro la unidad de la monarquía. Milán, el Piamonte y Nápoles cayeron bajo el dominio austracista. Sólo se salvó Sicilia. El autor achaca estas pérdidas a las derrotas militares, pero también a la traición⁷¹. A partir de entonces, se habla de una dominación *despótica y pesada*, de efectos *funestos*⁷².

Por último, el posicionamiento favorable de Portugal hacia la casa de Austria hizo de la frontera un territorio de guerra. El autor señala a un personaje como principal artífice de esta postura: el almirante de Castilla. Su *traición* es interpretada como *la señal de una defección general en la grandeza y como el preludio de la guerra civil*⁷³. El rey

⁶⁷ *Ibidem*, p. 71.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 182.

⁶⁹ *Ibidem*, pp. 174-175.

⁷⁰ *Ibidem*, pp. 233-234.

⁷¹ *Ibidem*, p. 181.

⁷² *Ibidem*, p. 221.

⁷³ *Ibidem*, p. 54.

Pedro del Portugal hizo caso omiso de los avisos de los españoles, y procedió a atacar el territorio hispano⁷⁴. Se abrió una brecha por Castilla, que permitió en dos ocasiones la conquista de Madrid, hecho que detallaremos más adelante.

Con el agotamiento de las fuerzas en liza, la necesidad de llegar a una paz cogió fuerza en los Borbones. De la narración de Lafuente dedicada a la Europa en guerra, pueden extraerse dos situaciones que habían de ser evitadas por los españoles a toda costa: la sumisión de su reino a otra potencia y la desmembración de sus posesiones. Las dudas y tanteos del monarca francés, contrastaban con *el espíritu independiente de los españoles* que se manifestaba *contra todo lo que fuera a someterlos á la intervención de agentes extranjeros*⁷⁵. Este sentimiento estaba presente no sólo en el rey, sino en el resto de clases dirigentes y populares: *la dificultad estaba en el rey de España, y en la reina, y en la princesa de los Ursinos, y en los ministros, y en el pueblo que todos se sublevaban á la idea de una desmembración de la monarquía*⁷⁶. La posibilidad de una corona española supeditada a otra causaba un rechazo inmediato en la clase dirigente, porque implicaría una separación de los demás reinos y la ruina del comercio de América⁷⁷. En cualquier caso, Lafuente no desmiente que la lealtad a la nación flaqueaba en algunos miembros de la nobleza. El autor recuerda que mientras el cardenal Portocarrero se oponía apasionadamente a los aliados, el duque de Medinaceli veía con antipatía a los franceses. Sin embargo, todos tenían en común la defensa de la patria española⁷⁸.

Llegados a 1710, Lafuente presenta un nuevo panorama internacional que al final llevará al monarca Borbón y a los aliados a plantearse definitivamente el fin de la guerra. La muerte del padre de Carlos de Austria, por un lado, y la del príncipe de Francia por otro, dejó el conflicto en una situación sin salida⁷⁹. La guerra quedó paralizada y ya no se dedicaron tantos esfuerzos⁸⁰. Las conversaciones para la paz se

⁷⁴ *Ibidem*, p. 72.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 237.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 310.

⁷⁷ *Ibidem*, pp. 311-312.

⁷⁸ *Ibidem*, pp. 238-240.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 298.

⁸⁰ *Ibidem*, p. 309.

alargaron porque los españoles *preferían renunciar á la amistad de Francia á sucumbir á cesiones humillantes*⁸¹. Por tanto, la fusión de España y Francia quedaba definitivamente descartada, y se convocó un encuentro en Utrecht⁸².

El nuevo panorama europeo supuso una paz inesperada, pero todavía tendrían que aclararse muchas cuestiones⁸³. Carlos de Austria, después de ser investido como Carlos VI de Alemania, no cedió en ningún punto sus pretensiones sobre España⁸⁴. En cualquier caso, nuestro autor deja claro y diáfano su apuesta por Felipe V, pues en su opinión el nuevo monarca estuvo siempre a la altura de las circunstancias. Nunca renunció a su pueblo y tuvo la mayor lealtad hacia su familia. Asumió la función de rey de España y juró no defraudar a su nueva patria de acogida. Su personalidad enérgica se puso al servicio de la guerra, sin perder de vista la prudencia y la sensatez que le caracterizaban⁸⁵.

Igualmente para Lafuente, los franceses se comportaron siempre también de un modo heroico, aunque hubiera parecido que flaqueaban en algunas ocasiones. Recuerda que la Providencia les envió muchas desgracias con las que sufrieron mucho en el campo de batalla, pero siempre supieron sacrificarse por España⁸⁶. Entre ambas naciones se conformó una alianza heroica, en la que las dos *sacrificaron* muchos hombres y recursos por el heroísmo y amor que se profesaban: *jamás pueblo alguno correspondió a un real ejemplo con mas largueza, ni respondió al llamamiento de sus soberanos con mas generosidades que respondieron Francia y España a la voz de sus reyes en la guerra de los trece años*⁸⁷. En definitiva, concluye Lafuente, gracias a esta mutua admiración y ayuda se pudo conseguir una victoria aplastante frente a la *conjuración* de Europa⁸⁸.

⁸¹ *Ibidem*, p. 311.

⁸² *Ibidem*, pp. 312-313.

⁸³ *Ibidem*, p. 316.

⁸⁴ *Ibidem*, pp. 315-316.

⁸⁵ Modesto Lafuente, *Historia...*, vol. XIX, p. 424.

⁸⁶ *Ibidem*, p. 426.

⁸⁷ *Ibidem*, p. 427.

⁸⁸ *Ibidem*, p. 429.

Con todo, también recuerda el palentino que la situación que ambas monarquías tenían en Europa a finales del conflicto no era la misma de antes. Con las siguientes metáforas celestes, el autor explica la situación en que quedaron ambas potencias:

“Luis XIV era un gran planeta que después de haber alumbrado al mundo despedía ya solamente aquella luz del crepúsculo que anuncia la proximidad al ocaso; Felipe V era un astro de menos disco y destinado a girar en órbita mas estrecha, pero que asomaba entonces al Oriente. La una era una nación que renacía con dignidad; la otra era una nacion decaía con grandeza”⁸⁹.

4.2.2 Los austracistas

Al mismo tiempo que Felipe V llegaba a España y tomaba sus primeras medidas políticas, el emperador Leopoldo cedió los derechos de la corona austríaca a su hijo, el Archiduque Carlos. En mayo de 1704 este último desembarcó en Portugal, donde fue recibido por el rey y aclamado como Carlos III de España. Ambos monarcas publicaron sus manifiestos en los que calificaban a Felipe V de déspota y tirano, unas cualificaciones que Lafuente atribuye contrariamente a la casa de Austria y que a su juicio fueron las que llevaron a mermar la libertad del pueblo español⁹⁰.

El apoyo de Portugal al pretendiente de los Austria significó inmediatamente la declaración de guerra. El almirante de Castilla ofreció su ayuda para una invasión, que imaginaba fácil con una resistencia muy debilitada. Lafuente considera que las bajas expectativas que tenían sobre la capacidad de defensa de España fueron un error mayúsculo que les costó la derrota⁹¹. Una vez comenzados los combates, quedó claro que no iba a ser tan fácil y los aliados del Archiduque procedieron a desplegar sus tropas por Cataluña y Andalucía. Y fue para Lafuente en esta primera campaña de Portugal cuando *debió aprender el pretendiente de Austria cuán lejos estaba de serle el espíritu de los españoles tan favorable y propicio*⁹². En cualquier caso, la idea de Carlos de Austria como un rey que no es aceptado por el pueblo será una constante a lo largo de las explicaciones del palentino sobre la guerra de sucesión.

⁸⁹ *Ibidem*, p. 429

⁹⁰ Modesto Lafuente, *Historia...*, vol. XVIII, pp. 72-73.

⁹¹ *Ibidem*, p. 78.

⁹² *Ibidem*, p. 85.

En efecto, Lafuente dibuja a los partidarios de Carlos de Austria en España como *enemigos de la nueva dinastía*⁹³, gentes que levantaron *el estandarte de la rebelión* contra *su legítimo soberano*⁹⁴. Los responsables fueron aristócratas *infieles* o *traidores* que se dejaron obnubilar por las promesas de aquél o que no vieron resuelta sus ambiciones con el nuevo rey Borbón. Las motivaciones de cada uno de estos personajes y la reacción popular antiborbónica depende de cada territorio. Consciente de la importancia de los apoyos sociales que recibieron los dos contendientes, Lafuente dedica sendos capítulos a analizar las batallas y las luchas políticas en Cataluña, Aragón y Valencia.

Cataluña era la zona más declaradamente rebelde y antifelipista. Nuestro historiador ve la causa de este odio en la enemistad histórica contra los franceses⁹⁵. Sin embargo, no ignora la antipatía que los catalanes tenían hacia el virrey Francisco de Velasco. Este se había hecho muy odioso entre el pueblo por las *prisiones, destierros y castigos* que había ordenado durante su mandato⁹⁶. De hecho, Lafuente explica los motines populares como un acto venganza contra la ejecución de sospechos de traición por parte del virrey. El apoyo de los catalanes a Carlos de Austria había que encontrarlo en la enemistad que tenían con su propio gobernador. Nuestro autor dibuja una subversión caótica, casi anárquica: *todo era confusión, espanto, gritería, ruido de armas, mortandad y estrago en Barcelona*.⁹⁷ La atmósfera se fue haciendo de rebelión incontrolada en la que los sediciosos liberaban a los presos para que asaltasen los cuarteles y se apoderasen de las armas⁹⁸. Las fuerzas austracistas en Cataluña eran un conjunto de rebeldes indisciplinados, nos dice Lafuente.

Carlos de Austria fue proclamado en Barcelona como Carlos III de España y tratado como tal por las potencias extranjeras y sus propios habitantes⁹⁹. *Casi* toda Cataluña cayó rápidamente bajo su control. Su adhesión se debía a las promesas que hacía Carlos

⁹³ *Ibidem*, p. 108.

⁹⁴ *Ibidem*, p. 106.

⁹⁵ *Ibidem*, p. 86.

⁹⁶ *Ibidem*, p. 114.

⁹⁷ *Ibidem*, p. 120.

⁹⁸ *Ibidem*, pp. 118-119.

⁹⁹ *Ibidem*, pp. 110, 114.

de respeto a sus leyes, frente a las sospechas que levantaba la llegada de un Borbón: *prometían a los catalanes la conservación de su religión, de sus privilegios, fueros y libertades, como quién iba a librarlos (decían) del yugo del monarca ilegítimo que los tiranizaba*¹⁰⁰. El contraste entre la magnanimidad de Felipe V y la altivez de los catalanes, se ilustra por parte de nuestro autor con el menosprecio y el desdén hacia el indulto que el rey ofrecía a todos aquellos que lo reconocieran como legítimo¹⁰¹. En todo caso, Lafuente no puede disimular su entrega a la causa felipista y acaba haciendo unos contrastes extremos.

La situación en Valencia también era nefasta para nuestro historiador. Se trataba de un *país en miedo*, en el que por doquier había *tumultos* y conmociones. Los culpables en este caso eran los *magnates desafectos*, como Juan Nebot y el conde de Cifuentes, que lideraron las tropas *rebeldes*¹⁰². Se inició, al decir del autor, una situación que era de caos revolucionario antes que de guerra. Nos describe cómo pueblos vecinos aclamaban a diferentes reyes y esto los llevaba a enfrentarse encarnizadamente¹⁰³. El autor se refiere a la región como un verdadero *teatro de las tiranías, y de la avaricia y ambición de los nobles rebeldes*¹⁰⁴.

En Aragón la situación también se explica de una manera similar. El fomento de la rebelión se le adjudica también al conde de Cifuentes y a *algunos nobles*¹⁰⁵. Se justificaba la rebelión apelando a la defensa de los fueros, aunque según Lafuente este era un argumento injusto que no se correspondía con la realidad: *las ordenes y pragmáticas del rey no eran cumplidas: ellos hacían que la población se opusiera a todo so pretexto de infracción de fuero, bien que fuesen de los que estaban espresamente derogados por los anteriores monarcas sin reclamaciones del reino*¹⁰⁶.

¹⁰⁰ *Ibidem*, p. 115.

¹⁰¹ *Ibidem*, p. 135.

¹⁰² *Ibidem*, pp. 111-112.

¹⁰³ *Ibidem*, p. 113.

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 130.

¹⁰⁵ *Ibidem*, pp. 123-125.

¹⁰⁶ *Ibidem*, p. 126.

Los *tumultos* gritaban *mueran los gabachos*, dando lugar a episodios de *horrenda crueldad*¹⁰⁷.

Esta imagen contrasta vivamente con la descripción que se ofrece de otras zonas del reino de España. La autoridad de Carlos III sólo se imponía en Castilla por la fuerza de las armas¹⁰⁸. En Andalucía, Extremadura, Navarra y el País Basco el pueblo se movilizó rápidamente para hacer frente al avance de los Austrias de tal forma que Lafuente explica que *toda España se puso en armas y en movimiento, dispuesto a ir cada uno á ir donde se le ordenara*¹⁰⁹.

Durante la guerra, hubo dos ocupaciones de Madrid por parte del ejército del Archiduque que son muy ilustrativas para conocer la opinión de Lafuente sobre el proceder de los austracistas. La primera fue en junio de 1706 y la segunda en septiembre de 1710. En ambas ocasiones, la ciudad fue rodeada y la corte borbónica se vio obligada a huir. Y en ambas ocasiones, el palentino describe cómo la población los recibía con un triste y frío silencio, de modo *que mas parecía función de luto que fiesta de regocijo*¹¹⁰. Sus intentos por imponer su soberanía aprobando nuevas leyes chocaron contra una resistencia pasiva-agresiva o directamente se desobedecieron¹¹¹. Las tropas borbónicas pudieron ambas veces reunir fuerzas suficientes para retomar la capital. La expulsión del Archiduque fue siempre una fiesta en la que el pueblo dejaba claro su amor y fidelidad por Felipe V a la par que su odio por Carlos III, por ejemplo durante la quema del retrato del candidato austríaco. Además, Lafuente afirma que las tropas extranjeras y los miqueletes catalanes se comportaban con una agresividad que hacía temer a los habitantes de la villa de Madrid de posibles saqueos y profanaciones¹¹². Por suerte, la oportuna actuación de los nobles fieles al Borbón animaba al *paisanaje*, que se rebelaba violentamente contra los soldados de ocupación¹¹³. Ambos episodios evidencian el fracaso de la opción austracista frente a la fidelidad del pueblo español a su rey. Tanto

¹⁰⁷ *Ibidem*, pp. 126-127.

¹⁰⁸ *Ibidem*, p. 149.

¹⁰⁹ *Ibidem*, p. 145.

¹¹⁰ *Ibidem*, pp. 147, 271.

¹¹¹ *Ibidem*, pp. 148, 275.

¹¹² *Ibidem*, p. 276.

¹¹³ *Ibidem*, p. 282.

en 1706 como en 1710, la vuelta de Felipe V fue acogida con emotivas manifestaciones de afecto concluye nuestro autor satisfecho¹¹⁴.

Al tener que valorar el por qué de esta resistencia tan enconada ante Felipe V, Lafuente reconoce que le es difícil comprenderlo. Sólo *en parte y diminutamente*¹¹⁵ puede responsabilizarse a la enemistad con Francia y a la antigua *obediencia* a la casa de Austria. Los anteriores episodios de violencia que habían tenido lugar en la guerra contra los franceses en Cataluña en las dos últimas décadas del Sesicientos habían dejado heridas muy difíciles de cicatrizar. Para los catalanes y buena parte de la Corona de Aragón, la opción por los Austrias era preferible ya que representaba una continuidad y una conservación de un régimen, que pese a no haber sido el mejor, era preferible a una dominación francesa¹¹⁶. Distingue entre aquellos que obraron con *buena fé* y los que en cambio se movieron por *arte de intriga*. Ahora bien, lo que según su opinión disculpa en parte a los aragoneses y catalanes es la valentía con la que resistieron hasta la muerte. Lafuente no se queda corto en elogios: *una vez persuadidas aquellas provincias de que sostenían una causa justa, la defendieron con todo el ardor, con toda la valentía, con toda la perseverancia, que es de antiguo proverbial en aragoneses y catalanes.*¹¹⁷ Como parte de los pueblos de España, su resistencia, aunque equivocada, es admirable para nuestro historiador.

4.2.3 El conflicto bélico

Lafuente describe profusamente los detalles de la guerra. Los hechos de armas dominan la narración de los primeros catorce años del siglo XVIII. Sin embargo, a partir de su lectura, se pueden inferir algunas conclusiones generales sobre el conjunto de España. La contienda en la Península tiene unos orígenes externos, pero la rebelión que se dio en el seno de la sociedad acabó en una guerra civil. Ambas ideas están presentes y están interrelacionadas.

¹¹⁴ *Ibidem*, pp. 150, 284.

¹¹⁵ Modesto Lafuente, *Historia...*, vol. XIX, p. 430.

¹¹⁶ Modesto Lafuente *Historia General de España: discurso preliminar...*, p. 104.

¹¹⁷ Modesto Lafuente, *Historia...*, vol. XIX, pp. 430-431.

Por un lado, se habla de una guerra civil¹¹⁸ o de *vecindad*, entre *pueblos de una misma nación pronunciados por diferentes partidos*¹¹⁹. Pero por otro lado, las sublevaciones a favor del Archiduque Carlos vinieron favorecidas por la llegada de las tropas aliadas. Tanto en Valencia¹²⁰ como en Cataluña¹²¹, hasta que no llegaron las tropas extranjeras no se iniciaron los disturbios. En cambio en Aragón, la rebelión se extendió por la influencia de algunos personajes que se identificaban con los alzados en Cataluña¹²².

Esta rebelión partidaria de la dinastía antigua, también dio paso a una rebelión de carácter popular, pero no se detalla ni el cómo ni el por qué. En Valencia *la gente perdida que sale siempre en las revoluciones, saqueaba y robaba á su libertad y sabor*¹²³. En Cataluña, el *espíritu del país* se manifestaba en las columnas de combatientes que *afluían al toque de somatén*¹²⁴. A lo largo de la crónica el autor detalla episodios de saqueos y agresiones de los habitantes de la Corona de Aragón. Por el contrario, destaca como el resto de territorios de España procedieron a ceder armas, hombres y recursos al bando borbónico. De este modo llega a la conclusión que a principios de 1706, las huestes de Felipe V pudieron decantar la balanza a su favor gracias más *á la decisión y a los sacrificios de las provincias que á la habilidad de los generales*, y cita ejemplos heroicos de voluntarios que parten al frente y de donaciones desinteresadas¹²⁵.

La idea de una invasión extranjera está presente a lo largo del relato de Lafuente. Holandeses e ingleses son presentados como los enemigos invasores que ponían en peligro la situación de España. Sus flotas navegaban por el Mediterráneo, primero por Gibraltar y luego por la costa de Levante y Cataluña, con el ánimo de fomentar la

¹¹⁸ Modesto Lafuente, *Historia...*, vol. XVIII, p. 141.

¹¹⁹ *Ibidem*, p. 182.

¹²⁰ *Ibidem*, p. 110.

¹²¹ *Ibidem*, p. 114.

¹²² *Ibidem*, p. 122.

¹²³ *Ibidem*, p. 113.

¹²⁴ *Ibidem*, pp. 114-115.

¹²⁵ *Ibidem*, p. 166.

rebelión¹²⁶. Las tropas autóctonas acudían a su llamada. Para referirse al ejército borbónico, el autor utiliza el pronombre posesivo plural. Berwick, Peterborough, Darmstadt, Galloway o Stanhope son los nombres citados de los generales que lideraban los ejércitos que se batieron contra españoles y franceses. La ocupación de Madrid por el Archiduque acabó según nuestro autor en conflictos entre la población y los soldados extranjeros por los sacrilegios cometidos por estos:

“nada incomodó tanto al católico pueblo español como los saqueos de los templos, los sacrilegios, y profanaciones de objetos y lugares sagrados que las tropas del Archiduque cometían (...) Estas impiedades, ni nuevas ya, ni del todo extrañas en tropas que, á mas de ser extranjeras, en su mayor parte no eran católicas, irritaron sobremanera los ánimos”¹²⁷.

El historiador palentino sitúa el principal protagonismo militar en el propio rey Felipe. Es verdad que se citan las motivaciones personales de los generales que se encuentran en el mando, y de cómo establecen relaciones de enemistad casi personal los unos con los otros. Y también que el heroísmo de los generales se lo repitidamente al considerar Lafuente que siempre presentaron lealtad al monarca, aún en los momentos más difíciles. Sin embargo, el principal actor es siempre el soberano. Su aparición en el campo de batalla era suficiente para infundar ánimos en las tropas. Su presencia en el territorio se hacía necesaria para motivar a sus generales y para reorganizar el ejército, por eso Lafuente hace constantes elogios al arrojo y valentía que éste demostraba en el campo de batalla. Al mencionar una batalla en el frente italiano, el autor hace la siguiente descripción:

“en más de dos meses (...) apenas se dió un día de descanso; en unas partes se acometía él mismo a la cabeza de los escuadrones, en otras intimaba las plazas y las rendía, y en otras recorría las líneas á caballo en medio de los mayores peligros, sin querer tomar ni cota de malla, ni peto, ni espaldar, ni otra defensa alguna.”¹²⁸

Así Lafuente destaca algunos sucesos militares especialmente trascendentes. La toma de Gibraltar se relata como uno de los hechos más dolorosos de la guerra, ya que resultó la primera posesión española que se perdía irremediabilmente¹²⁹. La victoria de

¹²⁶ *Ibidem*, p. 108.

¹²⁷ *Ibidem*, p. 274.

¹²⁸ *Ibidem*, p. 41.

¹²⁹ *Ibidem*, p. 87.

Almansa es el más *glorioso y memorable*¹³⁰ suceso que marca el avance de los borbónicos sobre Levante y Aragón. En ella la valentía de los reclutas españoles, dirigidos por los duques de Berwick y Orleans, fue uno de los factores decisivos según el autor.¹³¹ Por otro lado, la batalla de Villaviciosa se convirtió en una de las más decisivas. Con la victoria *se aseguró la corona de Castilla en las sienes de Felipe V de Borbón (...) y decidió moralmente la lucha que hacía diez años traían empeñada España y Francia contra todas las potencias de Europa*¹³².

Sin embargo, el episodio donde más se exageran las características de unos y otros contendientes es el sitio de Barcelona en 1714. Con la nueva situación tras el tratado de Utrecht, los ingleses pactaron una retirada, de modo que dejaron a los catalanes a su suerte. Sin embargo, destacando la lealtad a su causa, el autor explica con admiración como se atrevieron a declararle la guerra a España¹³³. La violencia del sitio se narra con mucho énfasis pero, en todo caso, la ejercida por los aliados siempre es premeditada, mientras que las de las tropas borbónicas es producto del descontrol de las tropas, por eso Lafuente apunta como el duque de Berwick intentó convencer a las suyas de que no saqueasen ni quemasen Barcelona tras el asalto del 11 de septiembre¹³⁴.

En definitiva para Lafuente la guerra fue un hecho necesario para imponer el cambio que España necesitaba. La resistencia *armada, injustificable e injusta* de los catalanes, valencianos y aragoneses sería castigada con una *privación* de derechos políticos, que explicaremos en el siguiente apartado¹³⁵. Fue el precio justo que nuestro autor considera que los rebeldes y partidarios de los aliados tuvieron que pagar.

¹³⁰ *Ibidem*, p. 186.

¹³¹ *Ibidem*, p. 188.

¹³² *Ibidem*, pp. 290-291.

¹³³ *Ibidem*, p. 351.

¹³⁴ *Ibidem*, p. 363.

¹³⁵ *Ibidem*, p. 419.

4.3 Una nueva política para un nuevo Estado

4.3.1 Reformas y política interior

Apenas llegó a España, Felipe V tuvo que enfrentarse a la reforma de un Estado que Lafuente considera arruinado tras la fatal gestión de Carlos II. Para nuestro historiador el nuevo monarca era un inexperto que tuvo que dejarse guiar por los consejos de los ministros Arias y Portocarrero, pero que luego demostraría su valía. Las medidas que éstos aplicaron consistieron en rebajar los sueldos y minar los privilegios de los militares. Estos hechos crearon un rechazo importante dentro de la corte y contribuyó a fraguar una oposición política en ella¹³⁶.

En efecto, con la guerra en marcha, las primeras disposiciones que el soberano impuso por iniciativa propia afectaban al ejército. La emergencia de un conflicto de dimensiones europeas, le obligó a reorganizar y actualizar las tropas de la monarquía para conseguir una fuerza militar moderna de la que España estaba *desprovista*¹³⁷. Las levadas convocadas por todos los reinos son descritas por el autor como una explosión de entusiasmo patriótico, a las que acudían con ansias a los llamados¹³⁸. Su conclusión respecto a estas reformas militares es muy optimista: *aquel pobre y mal llamado ejército que había quedado á la muerte de Carlos II, llegó a este reinado a ser mas numeroso y aun más brillante que los de los siglos de mayor grandeza y de las épocas de más glorias*¹³⁹. Lafuente adjudica la victoria sobre los holandeses e ingleses a estas mejoras¹⁴⁰.

A final de la guerra, la derrota de los catalanes, aragoneses y valencianos exigía, según el palentino, tomar varias *Providencias generales en castigo de su rebelión*¹⁴¹. Esta tarea fue responsabilidad de Melchor de Macanaz, que es valorado como un hombre talentoso y prudente. El nuevo modelo de Estado significaba que estos reinos estuvieran bajo las mismas disposiciones que Castilla. En 1707, Aragón y Valencia

¹³⁶ *Ibidem*, p. 9-11.

¹³⁷ *Ibidem*, p. 68.

¹³⁸ *Ibidem*, p. 68.

¹³⁹ *Ibidem*, p. 234.

¹⁴⁰ *Ibidem*, p. 79.

¹⁴¹ *Ibidem*, p. 203.

fueron los primeros en probar este cambio de paradigma. Los decretos aprobados derogaban *sus particulares constituciones, fueros y franquicias*¹⁴². De igual modo se explican las consecuencias de la derrota final de los austracistas en Cataluña en 1714. La pérdida de sus fueros fue reemplazada por un modelo igual al de Castilla¹⁴³. Sin embargo, el trauma que esto supuso a los austracistas de la Corona de Aragón no se ignora por parte de Lafuente: *gran novedad causó esta Providencia en pueblos tan de antiguo acostumbrados á gobernarse por leyes propias y especiales, y que gozaban tantas y tan privilegiadas exenciones*¹⁴⁴.

Lafuente justifica este cambio con dos ideas fundamentales: el derecho del vencedor y la acción de la Providencia. Felipe V, victorioso por la fuerza de las armas, premió aquellos pueblos que se habían mantenido fieles. Ahora bien, los que apoyaron al Archiduque Carlos tenían que recibir todas las *iras del vencedor* por traidores y mezquinos. Su desafección debía ser castigada sin duda para imponer su triunfo: *era necesario imponer privaciones de derechos políticos á los que políticamente habían delinquido*¹⁴⁵. Felipe V aparece como un rey vengador por necesidad, no por crueldad: *hubiéramos querido que no arrebatára á una parte del pueblo español lo que sus antecesores no habían podido arrancarle. Pero recordemos que fue en castigo de una rebelión armada, injustificable á sus ojos, é injusta también á los ojos de todo el resto de la nación*. Si no se hubieran portado mal llevando la contraria a su legítimo rey, se habrían beneficiado de su magnanimidad. Además, las sanciones fueron *suaves y templadas*, al compararlas con otros episodios pasados.

En todo caso, era un castigo que para Lafuente cobra aún más sentido porque iba en contra de los designios de la Providencia. La unificación de España era indispensable para el avance de la nación: *El destino de España era ser la monarquía española, no la agregación de los reinos de Castilla, de Aragón y de Navarra*¹⁴⁶. Europa avanzaba hacia el modelo de monarquía absoluta, lo que confirmaba que España caminaba por el

¹⁴² *Ibidem*, pp. 198-202.

¹⁴³ *Ibidem*, p. 364.

¹⁴⁴ *Ibidem*, p. 201.

¹⁴⁵ Modesto Lafuente, *Historia...*, vol. XIX, p. 420.

¹⁴⁶ *Ibidem*, p. 422.

buen sendero. Todo estaba inserto en la lógica del progreso. Para el palentino, la unidad del reino era sinónimo de mayor fortaleza y de mayor garantía de libertad.

La historia política de la nueva España borbónica la explica Lafuente a partir de los conflictos entre diferentes personajes cercanos al rey. Cada uno de estos ministros y cortesanos representa los distintos pareceres sobre el reino, de modo que las *intrigas cortesanas* acaban repercutiendo en la marcha de la política exterior europea. Estas conspiraciones le sirven tanto para hacer un juicio moral de estos individuos como para valorar el estado de la nación.

El personaje al que dedica su primera y principal atención Lafuente es Felipe V. Para él es un personaje contradictorio, un compendio tanto de virtudes como de defectos. Sin duda, estaba predestinado por la Providencia a sacar a España de la ruina y llevarla por el camino del progreso, pero su *talento y dotes* no siempre estuvieron a la altura de este papel histórico¹⁴⁷. El autor le acusa de haber sido esclavo de sus esposas, dócil con los ministros, demasiado piadoso e hipocondríaco; pero le reconoce al tiempo, como ya vimos, su animosidad en la guerra y especialmente su identificación con España pese a ser un rey nacido en Francia¹⁴⁸. Quizá, por estas características, en la narración de Lafuente la política es llevada a cabo por el resto de miembros de la corte. El rey interviene pocas veces, y si lo hace, es sobre todo para poner sensatez y orden.

La camarera de la reina María Luisa, Ana María de La Trémoille, princesa de los Ursinos, es uno de las principales y más influyentes cortesanas en los primeros años de gobierno. Impuesta por Luis XIV para asegurar la adhesión de Felipe V a los intereses de Francia, llegó a tener mucha influencia en la corte, especialmente con la reina¹⁴⁹. Sin embargo, acabó posicionándose a favor de una política española, lo que el autor interpreta como un gesto de lealtad e inteligencia¹⁵⁰.

La reina María Luisa murió en 1714 y rápidamente se le buscó a Felipe V otra esposa. La candidata ganadora fue Isabel de Farnesio, hija del príncipe de Parma.

¹⁴⁷ *Ibidem*, p. 233.

¹⁴⁸ *Ibidem*, p. 232

¹⁴⁹ Modesto Lafuente, *Historia...*, vol. XVIII, pp. 21-27.

¹⁵⁰ *Ibidem*, p. 436.

Después de su matrimonio, ésta expulsó a la princesa de los Ursinos, dando fin a la influencia de una mujer que Lafuente considera como el *alma de la política española en los trece primeros años del reinado de Felipe*.¹⁵¹ La fuerte personalidad de la nueva reina estaba por encima de todas las flaquezas del monarca, de manera que ella pasó a tomar las riendas de muchos asuntos de gobierno. De este modo, la política de posguerra también estuvo protagonizada por una mujer que es caracterizada por el autor como una mujer viva, intrépida y ambiciosa que sabía ejercer muy bien su influencia personal tanto en el soberano como en los ministros¹⁵².

El ministro preferido de Isabel de Farnesio fue el abad Julio Alberoni. El autor le concede mucha importancia ya que ambos se apoderaron *del corazón y de la voluntad de Felipe*¹⁵³. Su meteórico ascenso desde sus humildes inicios en Italia hasta ser un influyente cortesano, es reseñado para concluir que era un hombre muy talentoso, pero también ambicioso, comparable al cardenal Richelieu¹⁵⁴. La gestión de Alberoni es muy bien valorada ya que se menciona con rotundidad que supo impulsar los *resortes de la maquinaria del Estado*¹⁵⁵ y atajar las conspiraciones que atacaban al programa de reformas. Alberoni despidió a algunos de los ministros que se habían manifestado cercanos a la princesa de los Ursinos, como Jean Orri, quien había delineado un programa de cambios inspirados por la corte francesa que nunca se llegaron a realizar.

Lafuente insiste en que el gobierno de España, pese a tener avances en muchos aspectos como el fiscal o el judicial, no estaba conducido por los intereses y criterios españoles. En referencia a la llegada de Isabel de Farnesio y los consiguientes cambios en los gabinetes decía: *Todo en fin sufrió una gran mudanza, y muchos españoles se alegraron de la caída de una administración que miraban como extranjera, sin considerar que extranjeros eran también los que constituían el alma del nuevo gobierno*¹⁵⁶. Las modificaciones realizadas en el derecho de sucesión lo confirmaban. El hecho de eximir a las mujeres del acceso al trono fue muy mal recibido por los

¹⁵¹ *Ibidem*, p. 378.

¹⁵² *Ibidem*, pp. 379, 385-386.

¹⁵³ *Ibidem*, p. 385.

¹⁵⁴ *Ibidem*, pp. 386-91.

¹⁵⁵ *Ibidem*, p. 403.

¹⁵⁶ *Ibidem*, p. 380.

españoles, que vieron en esta medida una alteración de las leyes tradicionales de Castilla¹⁵⁷. Ante todo, al decir de Lafuente, la política de los treinta años siguientes se mueve por el interés personal de Isabel de Farnesio y de Julio Alberoni. La primera deseaba restituir los territorios en Italia para así poder darles a sus hijos un trono, y el segundo quería mejorar su estatus social¹⁵⁸. Las consecuencias de estos personalismos son juzgadas como nefastas para Lafuente, especialmente en el aspecto internacional, como veremos más adelante.

La abdicación de Felipe en 1724 sorprendió a todo el reino, pero nuestro historiador lo excusa. Niega que haya sido para poder acceder al trono de Francia, ya que había demostrado su lealtad a España durante la guerra. A diferencia de los que defendían esta visión más crítica, el autor prefiere optar por *menos apasionamiento y mejor sentido* y considerar por tanto que esta decisión fue una debilidad humana, fruto del cansancio y los remordimientos¹⁵⁹. Se trataba de un retiro espiritual, sincero y honesto que queda suficientemente demostrado por su actitud decidida¹⁶⁰. Ahora bien, el autor reconoce que no puede decir que hubiera sido un retiro austero. El contraste con los antiguos Austrias se hacía patente: *Buscábase al ermitaño entre rocas y grutas, y se encontraba al príncipe entre temples y flores (...) Pensó imitar la vida cenobítica de Felipe II; y demostró que había sido educado en la fastuosa corte de Luis XIV*¹⁶¹.

El brevísimo reinado de Luis I es despachado en pocas páginas, argumentando que la Providencia misma quiso que ocupase un espacio imperceptible¹⁶². Fue un niño incompetente y después de su muerte, se decidió que volviera el rey¹⁶³. Su vuelta se consiguió con el consentimiento *tácito* de toda la nación y la satisfacción de sus súbditos¹⁶⁴. La responsabilidad del gobierno a la vuelta de Felipe recayó en la reina y

¹⁵⁷ *Ibidem*, pp. 332-333.

¹⁵⁸ Modesto Lafuente, *Historia...*, vol. XIX, p. 437.

¹⁵⁹ *Ibidem*, pp. 446-447.

¹⁶⁰ *Ibidem*, p. 9.

¹⁶¹ *Ibidem*, p. 449.

¹⁶² *Ibidem*, p. 481.

¹⁶³ *Ibidem*, p. 21.

¹⁶⁴ *Ibidem*, p. 25.

los demás ministros, y el propio monarca casi desapareció de la escena¹⁶⁵. Es entonces cuando Lafuente menciona al nuevo ministro José Patiño, quien destacó en las reformas del Estado, sobretodo en las de la Hacienda y la marina, que permitieron la derrota de los ingleses¹⁶⁶. Al decir de Lafuente, fue quizás el único que pudo controlar tanto el carácter hipocondríaco del rey como el interesado de la reina¹⁶⁷.

4.3.2 La reforma de la Hacienda

Ahora bien, nuestro historiador no duda en afirmar que la reforma de la administración española pasaba por cambiar la estructuración de sus territorios, pero el problema que debía solucionarse con más urgencia era la fiscalidad. Con los gastos ocasionados por la guerra, los recursos del Estado eran siempre precarios y desde la llegada de Felipe V los esfuerzos se canalizaron hacia aumentar los ingresos y reducir los gastos. Aunque la situación de la Hacienda será una preocupación constante a lo largo del Setecientos, el palentino le dedica consideraciones muy puntuales, especialmente cuando describe la personalidad de los ministros.

Lafuente se introduce en este tema al referirse a las primeras cortes de Castilla convocadas por el nuevo monarca. La importancia de volver a llenar las arcas del Estado tenía una fácil explicación: la necesidad de financiar la guerra que se aproximaba. Gracias a la mediación de Luis XIV, llegó a España el ministro Orri, encargado de aumentar la recaudación para afrontar los enormes gastos. El autor describe a este personaje como inteligente y con sentido práctico pero cometió *la imprudencia de querer asimilarlo todo de repente al sistema rentístico de Francia y desarraigat algunos abusos que tocaban a los grandes señores*¹⁶⁸. Es decir, la reforma de España era necesaria pero las clases privilegiadas se oponían porque lastimaban sus intereses o los que ellos consideraban de la nación. Todavía más si eran franceses quienes decidían lo que había que hacer. Al final, su negativa tuvo que compensarse con donativos galos, nos recuerda el autor¹⁶⁹.

¹⁶⁵ *Ibidem*, p. 100.

¹⁶⁶ *Ibidem*, p. 61.

¹⁶⁷ *Ibidem*, p. 167.

¹⁶⁸ *Ibidem*, p. 16.

¹⁶⁹ *Ibidem*, pp. 103-104.

En 1711, las rentas pasaron a estar bajo el control de Macanaz, anterior juez de confiscaciones en Aragón y Valencia y diseñador de sus nuevos tribunales, por lo que era un felipista de confianza¹⁷⁰. Se describe como se suspendió la alcabala, se sanearon las rentas y se instituyó el Real Erario; con la consecuencia de que el rey era ahora quien fijaba y seguía personalmente la recaudación¹⁷¹. El proceso tampoco fue tan fácil por las *intrigas cortesanas* que se desarrollaban en el propio gobierno¹⁷².

Al terminar la guerra, Orri vuelve otra vez a encargarse de la Hacienda y reemprende aquellas reformas que habían quedado incompletas, como la división del reino en provincias o el trazado aduanero. Sin embargo, el juicio de Lafuente sobre estas medidas no es tan positivo, no son *tan dignas de alabanza como suponen sus parciales*, pero *tampoco merecen los exagerados vituperios de sus enemigos*¹⁷³. Aún así, en conjunto el autor no duda en considerar a Orri como el artífice de una nueva era que dejaba atrás el desorden y el caos de la época de los Austrias¹⁷⁴.

Como ya hemos mencionado, el matrimonio de Felipe V con Isabel de Farnesio significa la expulsión definitiva de Orri y el ascenso de Alberoni como responsable de las finanzas del Estado¹⁷⁵. Este último quiso *hacer ver al mundo á dónde llegaban las fuerzas y recursos de la monarquía cuando era bien administrado su erario*¹⁷⁶. El motivo era otra vez el mismo: la guerra, esta vez en Italia. Alberoni destacó en esta tarea, sorprendiendo a toda Europa al estrenar una flota y un ejército renovados, tanto que Lafuente enaltece su gestión afirmando que *parecía poseer el arte mágico de crear recursos, de improvisar ejércitos y producir escuadras*¹⁷⁷.

En el momento de abdicación de Felipe, el historiador palentino señala otra vez el desorden y apuro de la Hacienda tras el desgaste de la contienda en Italia¹⁷⁸. Los

¹⁷⁰ *Ibidem*, p. 369.

¹⁷¹ *Ibidem*, p. 304.

¹⁷² *Ibidem*, p. 305.

¹⁷³ *Ibidem*, p. 369.

¹⁷⁴ *Ibidem*, p. 369.

¹⁷⁵ *Ibidem*, p. 380.

¹⁷⁶ *Ibidem*, p. 403.

¹⁷⁷ *Ibidem*, p. 438.

¹⁷⁸ *Ibidem*, p. 14.

intentos del barón de Ripperdà por reducir el gasto son pésimamente considerados por parte de Lafuente. Su paso es recordado como infame porque además de hacer enfadar a los nobles y cortesanos, no pudo cumplir sus objetivos:

“el arrogante arbitrista apelaba á los recursos vulgares de suprimir empleos, quitar o disminuir pensiones, pedir cuentas a los caudales que hubieran podido ser mal adquiridos, arrendar las rentas generales, tomar los fondos del depósito de beneficencia y aumentar el valor de la moneda”¹⁷⁹.

Sin embargo, Patiño recogió lo mejor de estas medidas, haciendo hincapié en las provisiones de los ejércitos y flotas que estaban en el frente¹⁸⁰. Así pues, Lafuente describe brevemente cómo en pocos años el ejército recobró sus fuerzas. Este logro hace que no dude en calificar al ministro como el Colbert español¹⁸¹. A partir de la década de 1730, la dinámica fiscal fue la de una economía de guerra, dentro de la que entraba también el comercio americano¹⁸².

En definitiva, en opinión de Lafuente, la reforma de la Hacienda demuestra la voluntad de racionalizar España que tenían los Borbones¹⁸³. Contra la ineficiencia de un sistema fragmentado, la creación de un arrendamiento general por provincia representó para el historiador liberal *un correctivo provechoso contra aquel enjambre de cien mil recaudadores, plaga fatal que pesaba sobre los pueblos*¹⁸⁴. La eficacia de la división provincial, inspirada en Castilla, también es loada por él. La centralización de impuestos, rentas y sueldos tuvo un resultado positivo sin ninguna duda, como lo atestigua el hecho que al final del reinado de Felipe tanto los ingresos como los gastos aumentaron y permitieron que España fuera próspera. La emulación del sistema castellano de recaudación de rentas fue la clave que permitió la prosperidad del régimen.

¹⁷⁹ *Ibidem*, p. 50.

¹⁸⁰ *Ibidem*, p. 62.

¹⁸¹ *Ibidem*, pp. 166-167.

¹⁸² *Ibidem*, pp. 175-176.

¹⁸³ *Ibidem*, p. 249.

¹⁸⁴ *Ibidem*, p. 251.

4.3.3 Cambios en la política exterior

Si la paz de Utrecht fue recibida con alegría por el pueblo porque ponía fin a una larga guerra de más de diez años, para Lafuente sus consecuencias no fueron las mejores para España¹⁸⁵. El punto más importante era que se había impedido la unión de la corona española con la francesa, lo que significaba por un lado que la unidad de España se garantizaba y por otro que el nuevo soberano era un leal servidor a su nueva patria. El principal problema venía a ser la negativa del emperador Carlos a renunciar a su derecho de sucesión, de modo que quedaba abierta la posibilidad a próximos conflictos. Las posesiones italianas y holandesas habían caído bajo la influencia de los austríacos, lo que inspiraba mucha desconfianza en Felipe V¹⁸⁶. De todos los reinos que se implicaron en los tratados, Inglaterra fue la que quedó mejor situada tanto comercial como políticamente debido a su papel de árbitro, sentencia Lafuente.

Con el nuevo gabinete de gobierno compuesto por Isabel de Farnesio y Alberoni, la política exterior giró en torno a un objetivo muy concreto: recuperar las posesiones italianas. Ambos fueron los artífices de esta estrategia, de modo que una vez *apoderados del corazón y de la voluntad de Felipe*, pudieron manejar *todos los negocios de la monarquía*¹⁸⁷. El deseo de Isabel era entronizar a sus hijos en los territorios de Toscana y Parma. Para Lafuente se trataba de una política interesada y personal, que no respondía a los intereses de España¹⁸⁸. No en vano nuestro autor acusa al Felipe V posterior a la Paz de Utrecht de dejarse llevar por una política menos *digna, patriótica y noble*¹⁸⁹.

En cambio el personaje que encumbra por su lealtad y patriotismo es el de Alberoni. Como hombre de confianza de la reina, es quien había de llevar a la práctica las negociaciones diplomáticas con las potencias europeas. Pero como servidor del reino, procuró ir más lejos al intentar recuperar los otros territorios *usurpados* de Nápoles y Milán. Su gestión es calificada de admirable, sagaz, prudente y habilidosa como lo

¹⁸⁵ *Ibidem*, p. 431.

¹⁸⁶ Modesto Lafuente, *Historia...*, vol. XVIII, p. 382.

¹⁸⁷ *Ibidem*, p. 385.

¹⁸⁸ Modesto Lafuente, *Historia...*, vol. XIX, pp. 438-439.

¹⁸⁹ *Ibidem*, p. 432.

testimonia el haberse ganado los apoyos de Inglaterra en esta lucha contra Austria¹⁹⁰. La invasión de Cerdeña de 1717 es uno de los episodios más notables que Lafuente destaca, ya que en su opinión Alberoni logró formar un ejército totalmente equipado en un momento en que la Hacienda estaba en proceso de reformas. El gran logro del italiano según nuestro autor habría sido el conseguir despertar el patriotismo de los españoles¹⁹¹. El asalto a Sicilia sorprendió a Europa porque demostraba que España estaba de camino hacia la regeneración de su capacidad militar y económica¹⁹². No en vano, el autor ve en esta demostración de fuerzas ecos de las hazañas de Carlos V o Felipe II¹⁹³.

España tenía dificultades para llegar a acuerdos favorables con las potencias aliadas. En ese momento sostenía una guerra contra Francia, Inglaterra, Holanda y Austria¹⁹⁴. Al decir de Lafuente, el heroísmo español, encarnado en la figura de Alberoni, se demostró en los episodios en que plantó cara personalmente a los abusos de estas potencias¹⁹⁵. Esta guerra contra la Cuádruple Alianza representaba demasiado desgaste para España y Felipe V ya no se sentía con los mismos ánimos¹⁹⁶. Al final, se vio obligado a cesar al italiano para poder llegar a la paz. Tal era la condición que le reclamaban los aliados. De este modo, la sensatez del rey se impuso al el atrevimiento de Alberoni¹⁹⁷.

Lafuente vuelve a narrar la marcha de los acontecimientos siguiendo la personalidad de los ministros, ya que ni Felipe V ni Isabel de Farnesio se implican en la diplomacia. La melancolía del uno y el miedo de la otra, hacían que el marqués de Grimaldo y el padre Daubenton tuvieran que desenvolverse solos en las negociaciones con las monarquías aliadas¹⁹⁸. Finalmente, la guerra se acabó solventando mediante conversaciones y congresos de paz, obteniendo una salida consensuada, lo que

¹⁹⁰ *Ibidem*, p. 394-395.

¹⁹¹ *Ibidem*, p. 404.

¹⁹² Modesto Lafuente, *Historia...*, vol. XVIII, pp. 408-409.

¹⁹³ Modesto Lafuente, *Historia...*, vol. XIX, p. 438.

¹⁹⁴ *Ibidem*, p. 442.

¹⁹⁵ Modesto Lafuente, *Historia...*, vol. XVIII, p. 430.

¹⁹⁶ *Ibidem*, pp. 443-444.

¹⁹⁷ Modesto Lafuente, *Historia...*, vol. XIX, pp. 439-440.

¹⁹⁸ *Ibidem*, p. 466.

significaba que Isabel de Farnesio recibió el anhelado derecho de sucesión para sus hijos¹⁹⁹.

Al finalizar la breve abdicación de Felipe V, Ripperdá fue el nuevo ministro que había de encargarse de conducir las relaciones de España con el resto de monarquías. Para el autor, la fracasada gestión de este arbitrista viene a representar un momento de flaqueza en la senda de la regeneración. El autor desconfía de sus intenciones, y considera inexplicable que hubiera podido engañar al reino haciéndole creer que había pactado la paz con Austria²⁰⁰. La intervención de este ministro es calificada como la propia de un aventurero arribista que no hizo más que ponerse en contra a toda Europa. Por eso, nuestro autor no duda en decir que el rey a buen tiempo supo enmendar el error de haber puesto en manos de un loco la suerte de su reino²⁰¹. Tras la caída de Ripperdá, la Farnesio prefirió mantener la alianza con Austria, aunque eso significara que toda la red de alianzas acabase en una conflagración a escala europea. A esta *agenciosa madre de familias*, como la califica Lafuente, no le importaba enfrentarse con sus aliados y enfrentarse con sus enemigos²⁰².

Hay que decir que nuestro historiador es muy crítico con esta política exterior. De ella sólo se consiguió un conflicto directo con Inglaterra, que se expresó en un asedio a Gibraltar, una acción que por muy patriótica que fuera no dejaba de ser, a su parecer, una verdadera indiscreción. La década de los años veinte y treinta estuvo llena de complejos pactos y rupturas, que al final se solventaban por acuerdos pragmáticos entre los intereses de cada nación. *Singular suerte la de aquellos famosos tratados*, nos dice Lafuente, en que *la ambición y la venganza los hicieron, y la ambición y la suerte los deshacían*²⁰³. Con Inglaterra, se llegó a un acuerdo para atacar a Austria por Italia a cambio de tratos comerciales y, en el caso de la Toscana, Isabel de Farnesio pudo finalmente poner a su hijo Carlos como heredero en 1731²⁰⁴. El conflicto se agravó

¹⁹⁹ *Ibidem*, p. 472.

²⁰⁰ *Ibidem*, pp. 47-48.

²⁰¹ *Ibidem*, pp. 450-453.

²⁰² *Ibidem*, p. 451.

²⁰³ *Ibidem*, p. 104.

²⁰⁴ *Ibidem*, pp. 121-122.

todavía más y los enfrentamientos se saldaban con grandes daños para España²⁰⁵. Lafuente juzga muy negativamente estas campañas, que las ve movidas por una política nunca favorable a los intereses españoles y que sólo causaban un *daño inmenso a nuestra nación y a la empresa en que se había empeñado*²⁰⁶.

Al final, su *perseverante* política acabó por triunfar²⁰⁷. Sin embargo, las tensiones marítimas pudieron más que esta alianza forzada, y España quedó aislada contra todos. La guerra de sucesión polaca precipitó los hechos, y en 1736 se preparaba otra vez un conflicto contra los ingleses²⁰⁸. Estos fueron derrotados, aún a costa de grandes pérdidas, pero fue un verdadero *empeño de honra, de interés, de justicia y de dignidad nacional*. Una vez más, Patiño fue el gran héroe, sobre todo en la preparación de una Armada de la que se ocupó personalmente²⁰⁹.

Por último, cabe decir que para Lafuente la clave de las relaciones exteriores de España tenía que buscarse en América y África. El enfrentamiento con los ingleses era difícil, pero venía a ser con el enemigo natural, puesto que competían por la supremacía del Atlántico. Considera que las fuerzas militares y diplomáticas se tendrían que haber concentrado en la lucha en Marruecos, ya que por lo menos dejaba de verse *el egoísmo personal y el interés de familia*. La conquista de Orán es elogiada como una iniciativa acertada porque *se ha desatendido la parte de un mundo á que nos convidaban nuestra situación, nuestra fé y nuestras tradiciones*. Lafuente incluso no descarta que la política española de su época debiera orientarse hacia allí, lo que permitiría obtener un *futuro y posible imperio*²¹⁰.

4.4 El cambio nacional

La sociedad española o *el pueblo* (como el autor refiere) es un protagonista que aparece pocas veces en la *Historia General*, y si lo hace es para ratificar o rechazar las decisiones de sus dirigentes. De todas formas, algunas menciones se realizan de pasada

²⁰⁵ *Ibidem*, p. 465.

²⁰⁶ *Ibidem*, p. 197.

²⁰⁷ *Ibidem*, p. 461.

²⁰⁸ *Ibidem*, p. 169.

²⁰⁹ *Ibidem*, p. 166.

²¹⁰ *Ibidem*, p. 459.

en referencia a los aspectos socio-económicos y especialmente a los esfuerzos que los gobernantes hacían para fomentar la economía. Del mismo modo se ponderan con entusiasmo los cambios que tuvieron lugar en la vida cultural. Ambos procesos son, para Lafuente, dos caras del mismo fenómeno de regeneración nacional.

4.4.1 Economía y sociedad

Las menciones que Lafuente efectúa respecto a los cambios sociales, las hace a la sombra de las reformas que realizaron los ministros de la época. El reformismo borbónico es para nuestro autor la demostración del ciclo regenerador que la Providencia había establecido. En un capítulo dedicado al gobierno y la administración, se detallan diversas medidas que ofrecen algunos datos para nuestra interpretación sobre este período de cambio. En el campo, la supresión de impuestos y otros *alivios fiscales* se hicieron para favorecer la agricultura, cuya productividad había quedado muy afectada por la marcha de los campesinos a la guerra²¹¹. Desde el Estado también se apostó por fomentar una industria nacional muy abatida, situación que Lafuente remonta hasta la expulsión de los moriscos. La prioridad era favorecer el capital nacional y gravar con impuestos o prohibiciones la entrada de productos extranjeros contra los que España no podía competir. Se desarrollaron multitud de fábricas y manufacturas, con un éxito moderado, que pudiera haber sido mayor si se hubieran suprimido todas las aduanas interiores para facilitar la circulación. Tal era la opinión de un liberal que veía la necesidad de formar un mercado interior para los productos nacionales y fomentar el proteccionismo industrial. Su conclusión es positiva, aunque se hubieran cometido algunos errores: *si la industria no recobró en el reinado de Felipe V todo el esplendor y toda la prosperidad de otros tiempos, recibió todo el impulso que la ciencia permitía, y que consentían las atenciones y necesidades del Estado (...)*²¹².

La valoración sobre el comercio marítimo es parecida: se hizo todo lo que se pudo. Sin embargo, esto no impide que el autor critique las ideas *erróneas que entonces se tenían todavía en materias mercantiles* tales como la prohibición de exportaciones o el monopolio del comercio de las Indias sostenido por el *sistema fatal de privilegios* de la compañía guipuzcoana. De todas formas, Lafuente afirma que la guerra y la

²¹¹ *Ibidem*, pp. 246-247.

²¹² *Ibidem*, p. 246.

competencia comercial por el Atlántico con los ingleses era el principal impedimento para que se demostrara el potencial de la marina mercante española²¹³.

Uno de los elementos que el autor utiliza para medir el progreso social de España es el papel de la Inquisición. Si con Carlos II tenía un poder absoluto, de modo que se realizaban terroríficos actos de fe que venían a simbolizar la decadencia moral producto de la superstición y el fanatismo, con Felipe V se vislumbran algunos pequeños cambios. Lafuente se refiere a la percepción cada vez más compartida de que la Inquisición debía transferir sus competencias a la justicia ordinaria, que en aquella época era la opinión de los *hombres ilustrados*²¹⁴. Existía una *cierta predisposición* a limitar su alcance, que se perdió por la perniciosa influencia de Isabel de Farnesio, cuya demostración más efectiva es el proceso al que fue sometido Macanaz. La culpa de este proceso injusto no fue de Felipe V, sino de los que lo rodeaban. Macanaz fue *mártir de la debilidad de un rey que no puede pasar sin sus consejos, pero que no tiene valor para detener el brazo de sus sacrificadores*²¹⁵. Los autos de fe continuaron celebrándose con asiduidad y con el mismo trato brutal de antes. La responsabilidad del desmantelamiento progresivo del Santo Oficio es adjudicada por el autor más bien a Fernando VI y a Carlos III.

4.4.2 Cultura

En lo que respecta al mundo cultural, el autor deja muy claro el notable progreso que hubo, ya que para él es a través de las ideas donde se nota la modificación de las costumbres de un pueblo²¹⁶. Para Lafuente, España mejoró en su sabiduría gracias a la planificación de un rey que, si bien no era ilustrado sino *religioso y devoto hasta tocar en la superstición*, entendía que era necesario sacar a la nación del agujero en el que se encontraba y proteger los avances culturales²¹⁷. Esta característica es la principal deuda con los franceses. Gracias a su educación en Versalles entendía la importancia de instruir a los miembros de la nobleza, aspecto que nuestro historiador considera que los

²¹³ *Ibidem*, p. 240.

²¹⁴ *Ibidem*, p. 482.

²¹⁵ *Ibidem*, p. 483.

²¹⁶ *Ibidem*, p. 501.

²¹⁷ *Ibidem*, p. 233.

anteriores monarcas de la casa de Austria habían descuidado, sumiendo en consecuencia al reino en la oscuridad. Los Borbones españoles fueron los dignos herederos de la Ilustración francesa e intentaron desarrollar un movimiento homologable, hecho que reforzaba su lealtad a España pues deseaban transmitirle lo mejor que tenían²¹⁸.

Para Lafuente, la gran herencia de Felipe V fueron las academias y universidades. En la breve reseña que el autor concede a la cultura, es el aspecto que más se destaca. Se enfatiza la implicación personal del rey en la fundación de la Universidad de Cervera y de las Reales Academias de la Lengua o de Medicina. Al referirse a la Real Academia de la Historia, como no podía ser de otra manera, dedica grandes hipérboles elogiosas:

“el instituto de esta corporación fue y es ilustrar la historia nacional, aclarando la verdad de los sucesos, purgándola de las fábulas que en ella introdujeran la ignorancia o la mala fe (...) Los trabajos y tareas propias de su instituto á que desde luego se consagró le dieron pronto un lugar honorífico entre los más distinguidos cuerpos literarios de Europa, lugar que ha sabido conservar siempre con gloria de la nacion”²¹⁹.

El mantenimiento con dinero y esfuerzos públicos de instituciones científicas y culturales era para Lafuente un paso fundamental en el progreso de la patria: *¿Qué mayor y más honroso testimonio podia dar el príncipe extranjero de que queria y se proponia hacerse español que comenzar creando protegiendo y fomentando institutos especiales destinados a cultivar, depurar y perfeccionar la lengua y la historia española?*²²⁰. Aunque el propio autor reconoce que la primera mitad del XVIII no es comparable a otras épocas de la cultura española, la presencia de hombres como el padre Jerónimo Feijoo, Gregorio Mayans, Ignacio de Luzan o el propio Macanaz, ya alumbraban *la aurora de la regeneración española*²²¹. Es precisamente en el aspecto cultural donde Lafuente insiste que se notaba el cambio en positivo de la nueva dinastía que regía España. A diferencia de la política inquisitorial y cerrada de Felipe II, Felipe V inició una apertura hacia Europa que permitió la circulación de ideas, una tarea que nuestro historiador considera igual que la realizada por Isabel la Católica²²².

²¹⁸ *Ibidem*, pp. 503-504.

²¹⁹ *Ibidem*, pp. 260-261.

²²⁰ *Ibidem*, pp. 505-506.

²²¹ *Ibidem*, p. 268.

²²² *Ibidem*, p. 508.

En definitiva, para el historiador liberal palentino el tránsito de los Austria a los Borbones representó un saldo positivo para España en la medida en que estos últimos pusieron orden político, recuperaron el prestigio internacional, fomentaron la economía, abrieron las fronteras culturales a las ideas de la Ilustración y supieron crear una nación española más uniforme y unitaria. Por eso, en el balance final de los dos primeros Borbones, Modesto Lafuente concluye exclamando: *¡Qué diferencia de tiempos y de política!*²²³.

5 CONCLUSIONES

De nuestra lectura sobre los capítulos dedicados por Lafuente a los años de Carlos II y de Felipe V, podemos extraer dos tipos de conclusiones. Las primeras se refieren a la visión que nuestro autor tiene sobre esta transición entre las dos dinastías, en la que su columna vertebral es una historia que nos dice que el reino de España pasó de la *decadencia* con los Habsburgo a la *regeneración* con los Borbones. Las segundas consisten en reflexionar brevemente sobre cómo edificó esta interpretación, en el sentido de qué clase de historiografía fue la que Lafuente utilizó al servicio del proceso de construcción de la identidad nacional española.

5.1 De la *decadencia* a la *regeneración*

En esencia, a lo largo de toda su exposición, Lafuente está convencido de que el paso de una fase de *caída* a una de *auge* es la clave para poder entender la trascendencia del cambio dinástico. Este no se explica sólo desde Carlos II, hay que ir más atrás. Desde Felipe III y Felipe IV se había iniciado la tendencia de delegar las tareas de gobernantes del reino en figuras secundarias. La dinámica de los validos era también *un seguro síntoma de la degradación de los tronos y de la flaqueza de los pueblos*.²²⁴ Mientras estos personajes tomaban las decisiones que llevarían a España a la ruina, los monarcas descuidaban los asuntos de gobierno y se dedicaban a las liturgias o a las distracciones cortesanas. Las guerras iniciadas en el exterior resultaban cada vez más costosas. A Flandes y Sicilia se destinaban soldados y armas que no volvían, y que sólo contribuían

²²³ *Ibidem*, p. 508.

²²⁴ Modesto Lafuente, *Historia...*, vol. XVII, p.269

a aumentar el agujero de una Hacienda muy endeudada. La tregua de los doce años, firmada en 1609, demostró lo poco que quedaba del imperio. Pero con el Duque de Olivares en el mando, se volvería a un combate desigual, en que España luchaba contra Inglaterra, Francia y las Provincias Unidas. Con la paz de Westfalia, sus territorios habían mermado notablemente. Tal era el resultado de un empeño fútil, en el que Lafuente lamenta que se antepusieran los intereses de los Habsburgo a los de España: el *afán indiscreto por engrandecer la casa austro-alemana* fue el motivo de la ruina de la nación, sentencia. Se sacrificaron demasiados hombres y recursos para sostener un imperio que la sangraba y cuyos beneficios acababan revirtiendo en una dinastía extranjera.

En términos generales, Lafuente sitúa a los Habsburgo en el absolutismo que él criticaba como liberal, mientras que no adjudicaba las connotaciones negativas de la palabra a los Borbones que gobernaban en su época. Para José Álvarez Junco, esta interpretación debe entenderse como un intento de exculpar a esta última dinastía del cualquier tipo de responsabilidad histórica²²⁵. Este *antiaustracismo* de Lafuente no sólo se expresaba en el tratamiento que le daban al último rey de esta Casa, sino también en otros episodios como las Comunidades de Castilla, que son interpretadas como un episodio más en la lucha de los españoles contra la dominación extranjera²²⁶.

Para Lafuente, Carlos II encarnaba todas las debilidades posibles. Un rey enfermo era el vástago final de una dinastía degenerada que había llevado al límite la capacidad de aguante del reino. El retroceso era una realidad evidente en todos los aspectos de la nación, desde la Hacienda hasta la moral pública. La grandiosa herencia de los Reyes Católicos y Carlos V corría peligro, si no estaba ya malograda, por un puñado de intrigantes que se disputaban la influencia en la Corte. En su juicio no hay matizaciones: el rey *hechizado* fue un desastre para España, un hazmerreír para Europa y un ejemplo para la posteridad de cómo las naciones pueden caer en la más triste decadencia²²⁷.

²²⁵ José Álvarez Junco, *Mater Dolorosa: la idea de España en el siglo XIX*, Madrid, 2001, pp. 221-222.

²²⁶ Roberto López Vela, "Comunidades, ciudades y conflicto social en la historiografía del ochocientos. Entre la revolución y la decadencia" en Jesús Bravo, *Espacios de poder: Cortes, ciudades y villas (Siglos XVI-XVIII)*, vol. II, Alicante, 2002, pp. 499-542.

²²⁷ Modesto Lafuente, *Historia...*, vol. XIX, pp. 408-409.

Todo este arco que traza nuestro historiador puede interpretarse a la luz de los lugares comunes literarios de *paraíso, caída y redención*, como explica Álvarez Junco. Sin embargo, en opinión de Lafuente, esta sucesión clásica de estadios no afectó al *genio* español. Éste sobrevive a la maldad y a la flojera, del mismo modo que podía leer en otros relatos historiográficos sobre la caída del Imperio Romano o la invasión musulmana. Después del colapso final, acaba llegando la hora de la revancha²²⁸. Con el cambio de dinastía nada había de ser igual, sobre todo cuando la casa de Borbón prometía importantes transformaciones al ser también de origen extranjero. No obstante, su carácter francés no fue un obstáculo. Al contrario, el palentino afirma que Felipe V trajo ideas reformistas e ilustradas que revirtieron en una mejora cualitativa de las instituciones y la dinámica de España. La mayor fortaleza del rey para nuestro autor fue su rapidez en *españolizarse*. Es decir, se nacionalizaron las ideas francesas, no se intercambiaron. O como dice Ricardo García Cárcel, se trató de una *conversión por la vía de la impregnación española*²²⁹.

A partir de la publicación de la obra de Lafuente, la historiografía liberal española del siglo XIX tendió a identificar la familia real de los Borbones con el proceso de modernización, idea originaria de historiadores franceses como Charles Weiss, que veía el carácter nacional de Francia y el liberalismo como las dos caras de una misma moneda²³⁰. Sin embargo, una cosa era la superioridad intelectual y otra la de costumbres. El autor se encarga de recordar el contraste que entre ambas existía, dejando claro con orgullo la superioridad piadosa de España en el segundo caso, por eso contraponen las frivolidades y corruptelas de la corte de Luis XV a la piedad de Felipe V²³¹. Si el monarca francés tenía multitud de favoritas que interferían en el gobierno, el soberano español sólo se dejaba llevar por su esposa²³².

La guerra de Sucesión fue para Lafuente un suceso desafortunado producto de una revuelta instigada por intereses extranjeros y seguida por oportunistas traidores, que

²²⁸ José Álvarez Junco, *Mater Dolorosa...*, pp. 214-215.

²²⁹ Ricardo García Cárcel, *Felipe V...*, p. 245.

²³⁰ Benoît Pellistrandi, "Los Borbones entre historia y opinión: los historiadores del siglo XIX y su visión de la instauración borbónica" en Pablo Fernández Albadalejo (ed.), *Los Borbones: dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVII*, Madrid, 2001, p. 630.

²³¹ Modesto Lafuente, *Historia...*, vol. XIX, p. 444.

²³² *Ibidem*, p. 434.

habrían de pagar un precio muy alto por ponerse en contra del curso de la historia. El reemplazo del sistema de fueros por una administración centralizada y castellana fue ciertamente un castigo, pero no por ello dejó de ser una mejora sustancial en la reforma del país. Las nuevas leyes en la Hacienda y la Justicia o el fomento con dinero público de la producción, del comercio y de la cultura, eran símbolos de que la Providencia había inspirado a unos gobernantes con voluntad de engrandecer su nación.

Ahora bien, mientras que la valoración de la regeneración interior es altamente positiva, nuestro historiador afirma que no se puede decir lo mismo sobre las relaciones de España con el resto del mundo. El tratado de Utrecht dejó en muy mala situación al reino. La ambición de Isabel de Farnesio y de ministros como Alberoni o Ripperdá, llevaron al país en muchas ocasiones a unos extremos que pusieron en aprietos la nación, ya sea por las infructuosas guerras en Italia contra los Austrias o en los combates ante Inglaterra por el comercio atlántico.

El segundo reinado de Felipe es visto por Lafuente con una mezcla de misericordia personal y de crítica histórica. En cualquier caso, recuerda que la debilidad del monarca se agrava al volver a reinar, ya que apenas hace acto de presencia y deja todo en manos de su esposa y de sus ministros. Y si bien nuestro historiador reconoce los errores y las oportunidades perdidas, piensa sin embargo que las virtudes de este período deben buscarse en lo que sucedió dentro de la nación y no fuera. El fracaso del proyecto imperial de los Habsburgo se compensó con la remodelación interna del territorio peninsular, sentencia Lafuente²³³. Es en la mejora de las artes y las letras y en el refuerzo de la unidad política y económica donde se hallan sus virtudes principales. Por eso, no se ahorran los elogios al progreso que en un futuro se derivaría de todas estas reformas del siglo XVIII, con Carlos III como máxima expresión. Con este último rey, España recuperará para Lafuente un esplendor sólo comparable al de los Reyes Católicos. El éxito de los Borbones fue, pues, para el historiador palentino, hacer de la regeneración una realidad: *así va marchando la sociedad humana hacia su perfección*²³⁴.

²³³ *Ibidem*, p. 413.

²³⁴ Modesto Lafuente, *Historia General de España: discurso preliminar...*, p. 120.

5.2 Historiografía, memoria e identidad

Toda esta interpretación valorativa del siglo XVIII, está cargada de implicaciones ideológicas y culturales que obligan a leer entrelíneas el discurso historiográfico de Lafuente. Su obra es una perfecta muestra de las premisas teóricas de las *historias nacionales* del XIX²³⁵. En ella convergen ideas románticas, ilustradas y católicas.

La influencia del romanticismo está presente en su idea del *pueblo* como sujeto de la historia. Este colectivo de ciudadanos existe desde la noche de los tiempos y se desarrolla como un organismo viviente. El marco geográfico territorial viene a ser un factor casi determinante, ya que de él se derivan su personalidad y sus habilidades²³⁶. Los españoles constituyen un pueblo que, pese a su diversidad, es indivisible, inseparable e inmutable. Y circunscrito a los *límites naturales que le señalaba su geografía*²³⁷. Se caracteriza un tipo-ideal de español valeroso, heroico, guerrero, piadoso, conquistador y amante de su independencia. El espíritu de este pueblo o *Volkgeist* es una constante que en opinión del historiador palentino no desaparece nunca. Su temperamento marca su conducta, desde el sitio de Numancia por los romanos hasta el de Zaragoza por los franceses²³⁸.

Este espíritu está conducido por la Providencia. Dios, como supremo creador, es quién *guía al universo en su majestuosa marcha por las inmensidades del tiempo y del espacio*²³⁹. Para Lafuente, el hombre mantiene su libre albedrío en este impulso preparado por el Supremo Creador, pero se mueve en un mundo cuyas leyes no dependen de él. La Providencia conduce siempre a la Humanidad hacia la mejoría de sus valores, en un proceso que se evidencia en el ascenso ininterrumpido de la civilización, una idea de clara influencia ilustrada y de su optimismo por el progreso social.

²³⁵ Juan Sisinio Pérez Garzón, "La creación de la historia de España" en Juan Sisinio Pérez Garzón, Eduardo Manzano, Ramón López Facal, Aurora Rivière, *La gestión de la memoria: la historia de España al servicio del poder*, Barcelona, 2000, p. 63.

²³⁶ Modesto Lafuente, *Historia General de España: discurso preliminar...*, pp. 7-10.

²³⁷ *Ibidem*, p. 88.

²³⁸ *Ibidem*, p. 11.

²³⁹ *Ibidem*, p. 3.

En esta interpretación providencialista del desarrollo histórico, cabe mencionar dos cuestiones que tuvieron una influencia muy importante en la historiografía española del XIX y XX: decadencia y regeneración. Se supone que tras un largo período de declive, los países se regeneran, y luego han de volver a caer. Esta lectura circular del pasado, desarrollada por autores de alcance europeo muy influyentes como Gianbattista Vico o Edward Gibbon, está presente en la obra de Lafuente. Su mérito fue hacer una síntesis de ambas dinámicas al enmarcarlas en un *continuum* que es la nación. La *Historia General de España* consiguió aunar las dos corrientes historiográficas dominantes del momento: la filosófica y la narrativa. La reflexión más abstracta sobre el proceso de *auge y caída* de las civilizaciones se juntaba con las observaciones específicas sobre personajes y hechos concretos²⁴⁰. Esta noción se evidencia en las reflexiones con las que Lafuente cierra su balance del reinado de Felipe V:

“Tenemos mas motivos que nuestros mayores para comparar tiempos con tiempos, y para admirar cómo en el trascurso de los siglos se modifican las ideas, y con ellas las costumbres sociales; como han llegado, de modificacion en modificacion, á trocarse del todo, poniéndose en contradiccion las épocas. Ideas hay que una vez descubiertas por la antorcha de una crítica ilustrada se puede asegurar que estaran perpetuamente en el catálogo de las verdades (...)”²⁴¹.

De aquí se deduce que la incipiente renovación de España era una señal inequívoca de que se estaba dejando atrás irremediabilmente aquél pasado infame lleno de negros episodios en aras de un progreso brillante y prometedor. La inevitable y progresiva *perfectibilidad*²⁴² que establece la Providencia se expresaba al fin en el camino que España emprendía hacia la mejora interior tras muchos años de mala gestión. Esto nos lleva a indicar el carácter teleológico de la historiografía de Lafuente, porque presupone la existencia de unos fines en el que debe desembocar este progreso. No cabe ninguna duda que considera esta etapa de consolidación de los Borbones como un escalón más en la vía hacia el progreso y la nacionalización del reino de España como una manifestación del mismo. Constituirse como nación viene a ser una gran meta hacia la cual estaba dirigida toda la historia de los españoles.

²⁴⁰ Gonzalo Pasamar Alzuria, "La configuración de la imagen de la decadencia española en los siglos XIX y XX: de la historia filosófica a la historiografía profesional" en *Manuscrits*, 11 (1993), p. 186.

²⁴¹ Modesto Lafuente, *Historia...*, vol. XIX, pp. 501-502

²⁴² Modesto Lafuente, *Historia General de España: discurso preliminar...*, p. 6.

Así pues, se establece una continuidad clara entre el pasado y el presente. Este prolongado proceso milenario que se nos narra tiene su culminación en el sistema monárquico, liberal y católico desde el cual escribe Lafuente, cosa que no le impide reconocer que todavía hay muchas cosas que se pudieran mejorar. La *Historia General de España* era una proyección hacia el pasado de los valores contemporáneos. La concepción unitaria de la nación es quizás la más importante, ya que forjaba la leyenda de un pueblo indisoluble y permanente frente a una realidad social mucho más compleja y conflictiva²⁴³. Esta re-creación mitificada de un pasado glorioso común servía para sentar las bases de la identidad del incipiente Estado-nación español. La proyección hacia el pasado de los miedos y esperanzas del presente, tal era el presentismo historiográfico de Lafuente.

No es casual que la interpretación *antiaustracista* que aquí hemos examinado fuera popular cuando gobernaba una reina de la casa de Borbón. Los ataques al despotismo de los Habsburgo pueden verse como una crítica velada a los abusos absolutistas de Fernando VII, mientras que la exaltación de los valores que regeneraron la España desde Felipe V hasta Carlos III, son un elogio indirecto a las intenciones de los reformadores que a mediados de la década de 1840 querían reforzar el Estado. Es quizá una relación oblicua, pero clara cuando se piensa en la expectación pública que despertaba la historia de Lafuente. Álvarez Junco indica que otros historiadores liberales como Eugenio de Tapia o Alberto Lista utilizaban los defectos de Carlos V y Felipe II para argumentar en contra sus enemigos contemporáneos, Carlos IV y José Bonaparte. Este odio a los Austrias se explotaba contra aquellos que se identificaban como enemigos, es decir, contra quienes coartaban las libertades del pueblo español²⁴⁴. Héroe, villanos, gestas e infamias son los componentes de un discurso historiográfico sesgado, persuasivo y contradictorio: se pretende una objetividad pero se hace alarde de la necesidad de juzgar moralmente a sus protagonistas para poder juzgar la nación. La retórica ampulosa propia de la época y el aparato crítico buscan inspirar una sensación de respetabilidad y credibilidad, pero la intencionalidad política del texto salta a la vista.

²⁴³ Juan Sisinio Pérez Garzón, "Los mitos fundacionales y el tiempo de la unidad imaginada del nacionalismo español" en *Historia Social*, 40 (2001), p. 25.

²⁴⁴ José Álvarez Junco, *Mater Dolorosa...*, p. 221.

La historia se explicaba desde los términos de su presente. La unidad de la patria, la confesionalidad religiosa del Estado, la creencia en el progreso o el rechazo de la memoria heredada de la *década ominosa* de Fernando VII, son ideas definitorias de la cultura política de estos años. A mediados de 1840, tras una década de guerras y de crisis de gobierno continuas, tenía lugar un gran pacto entre nobleza y burguesía que buscaba implantar sin conflictos de una vez por todas un Estado-nación liberal español. Esta voluntad quedaba así recogida en la Constitución de 1845²⁴⁵. El liberalismo doctrinario o moderantismo proponía una cultura de consenso que hacía énfasis en todos estos elementos que nuestro historiador ve como hilos conductores del desarrollo histórico de España²⁴⁶.

Durante el siglo XIX, por todo lo largo y ancho de Europa, una élite intelectual se puso manos a la obra para dotar de trasfondo cultural este nuevo proyecto político y social del Estado-nación. A medio camino entre la literatura y la filosofía, estaban los historiadores: creadores de una narración del pasado que estaba ausente y que era necesaria y urgente. En España, Modesto Lafuente fue partícipe de esta gran obra de ingeniería social que consistía en legitimar un nuevo sistema mediante una explicación del pasado coherente con su tiempo presente. Buscaban derribar mitos para inmediatamente levantar otros. La pluralidad de memorias que existían en el conjunto de territorios de la monarquía hispánica se quiso anular con la efectividad del discurso nacionalista español, que no obstante tuvo contestaciones como las de Víctor Balaguer o Antoni de Bofarull en Cataluña.

El carácter nacional, bueno y necesario según sus apologetas, siempre emerge aunque se vea asediado por numerosas crisis. El nacionalismo propone una esencia trascendente, que está por encima de cualquier otra diferencia. Esencia que se comprueba en las *historias nacionales* como la de nuestro autor: la nación es el sujeto eterno que enlaza pasado, presente y futuro de los ciudadanos que componen el *pueblo*. No podemos evitar decir lo difícil que resulta creer que este espíritu tan esquivo e huidizo sea la clave básica del desarrollo histórico. Más bien, causa sorpresa que

²⁴⁵ Ricardo García Cárcel, *La herencia del pasado...*, p. 390-398.

²⁴⁶ Cf. Francisco Villacorta Baños, *Burguesía y cultura: los intelectuales españoles en la sociedad liberal (1808-1931)*, Madrid, 1980; Manuel Suarez Cortina (ed.) *Las máscaras de la libertad: el liberalismo español (1808-1950)*, Madrid, 2003.

sobreviva con tanta testarudez, quizá sea porque el nacionalismo historiográfico que parte de estas premisas resulta un esquema muy útil para explicar cualquier hecho.

No tenemos espacio ni preparación para hacer un balance histórico-sociológico sobre la formación de la identidad nacional, pero podemos discrepar con Lafuente al asegurar que antes que compacta, sólida y permanente, es más bien plural, líquida y cambiante. En todo caso, estaríamos más de acuerdo con las palabras de Karl Marx, contemporáneo de Lafuente, cuando escribía en 1859: *no es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia*²⁴⁷.

Con este trabajo hemos querido dejar claro que el pasado puede ser visto como una mina de la cual se extraen recursos para justificar el presente. Nos hemos acercado a la cuestión de los usos de la historia y de la memoria acudiendo a uno de los libros de historia más usados e importantes del siglo XIX. Lafuente hizo su trabajo motivado por sentimientos nacionalistas y fue premiado por ello. Por un lado, su obra obedecía a la razón del Estado, pero por otro también su popularidad se debió a la explotación de una sensibilidad específica que en su época era la de nacionalizar las viejas Monarquías. Lafuente fue historiador porque también era político²⁴⁸.

Desde el XIX, la historiografía ha dado muchos pasos en su voluntad de investirse como ciencia. Pensar la historia de los historiadores y de la historiografía es necesario para poder otorgar un sentido a esta evolución disciplinar. Sin ánimo de aportar soluciones, nuestro examen sobre el oficio de historiador nos sirve para reflexionar sobre tres aspectos. En primer lugar, para mejorar la rigurosidad, neutralidad, globalidad e interdisciplinaridad que la historiografía necesita en tanto que ciencia social. En segundo lugar, para aportar elementos al debate sobre el tipo de historia que debe enseñarse en las escuelas. Y en tercer lugar, para comprender como se relaciona el historiador con la sociedad, es decir, con la *polis*. Sólo si se piensan con rigor estas cuestiones podremos otorgar sentido al oficio de historiador.

²⁴⁷ Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, México, 1980, p. 5.

²⁴⁸ Juan Sisinio Pérez Garzón "Los historiadores en la política española" en Juan José Carreras Ares y Carlos Forcadell Álvarez (eds.), *Usos públicos de la historia*, Madrid, 2003, pp. 107-144.

6 BIBLIOGRAFIA

- ÁLVAREZ JUNCO, J. *Mater Dolorosa: la idea de España en el siglo XIX*, Madrid, 2001.
- ARÓSTEGUI, J., CANAL, J., GONZÁLEZ CALLEJA, E. *El carlismo y las guerras carlistas: hechos, hombres e ideas*, Madrid, 2003.
- BENITO RUANO, E. *Sulcum sevit: Estudios en homenaje a Eloy Benito Ruano*, vol. I, Oviedo, 2004.
- BRAVO, J. *Espacios de poder: Cortes, ciudades y villas (Siglos XVI-XVIII)*, vol. II, Alicante, 2002.
- BURDIEL, I. *Isabel II: una biografía (1830-1904)*, Madrid, 2010.
- CARRERAS ARES, J. J.; FORCADELL ÁLVAREZ, C. (eds.) *Usos públicos de la historia*, Madrid, 2003.
- ESPÍN, M. P. "¿De qué se reían los románticos?: El humor de Fray Gerundio" en VV.AA., *Romanticismo: Actas del V Congreso (Nápoles, 1-3 de Abril de 1993). La sonrisa romántica. (Sobre lo lúdico en el Romanticismo hispánico)*, Roma, 1995, p. 97-99.
- FERNÁNDEZ DE ALBADALEJO, P. (ed.) *Los Borbones: dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVII*, Madrid, 2001.
- FONTANA, J. *De en medio del tiempo: la segunda restauración española: 1823-1834*, Barcelona, 2006.
- FONTANA, J. *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, 1982.
- FUENTES, J. F. *El fin del antiguo régimen: 1808-1868 (Política y sociedad)*, Madrid, 2007.
- FUERTES-ARBOIX, M. "Costumbrismo al servicio de la sátira: El viaje aerostático de Modesto Lafuente y Zamalloa (1847)" en *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, nº 83 (2007), pp. 433-442.
- Fuertes-Arboix, M. *La sátira política en Fray Gerundio (1837-1842)*, Ohio State University, 2006.
- GARCÍA CÁRCCEL, R. *La herencia del pasado: las memorias históricas de España*, Barcelona, 2011
- GARCÍA CÁRCCEL, R. (coord.) *La construcción de las historias de España*, Madrid, 2005.

- GARCÍA CÁRCEL, R. *Felipe V y los españoles*, Barcelona, 2002
- GARCÍA CÁRCEL, R. y ALABRÚS, R. M. *España en 1700: ¿Austrias o Borbones?*, Madrid, 2001.
- GELLNER, E. *Naciones y nacionalismo*, Madrid, 2008.
- HOBBSAWM, E. H.; RANGER, T. (eds.) *La invención de la tradición*, Barcelona, 2002,
- LAFUENTE, M. *Historia General de España*, vol. XVII-XIX, Madrid, 1856.
- LAFUENTE, M. *Historia General de España*, vol. XXX, Madrid, 1867.
- LAFUENTE, M. *Historia General de España: discurso preliminar*, Pamplona, 2002
- LÓPEZ SERRANO, F. A. "Modesto Lafuente como paradigma oficial de la historiografía española del siglo XIX: una revisión bibliográfica" en *Chronica nova: Revista de historia moderna de la Universidad de Granada*, nº 28 (2001), p. 315-336.
- MARTÍNEZ GALLEGU, F. A. *Conservar progresando: la Unión Liberal, 1856-1868*, Valencia, 2001.
- MARTÍNEZ MILLÁN, J. (coord.) *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558): Congreso internacional, Madrid 3-6 de julio de 2000*, vol. III, Madrid, 2001.
- MARX, K. *Contribución a la crítica de la economía política*, México, 1980
- MORADIELLOS, E. *El oficio de historiador*, Madrid, 2003
- MORALES MOYA, A. y ESTEBAN DE VEGA, M. (dir.) *¿Alma de España?: Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Madrid, 2005.
- MOURE ROMANILLOS, J. A.; SANTOS YANGUAS, J. *Historia de España I: Prehistoria*, Madrid, 2004.
- ORDÓÑEZ AGULLA, S. M., SÁEZ FERNÁNDEZ, P. (coords.) *Homenaje al profesor Presedo*, Sevilla, 1994.
- PASAMAR ALZURIA, G. "La configuración de la imagen de la decadencia española en los siglos XIX y XX: de la historia filosófica a la historiografía profesional" en *Manuscrits*, nº 11 (1993), pp. 183-214.
- PASAMAR ALZURIA, G. *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, Madrid, 2002.

PEIRÓ MARTÍN, I. *Los Guardianes de la historia: la historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, 2006.

PELLISTRANDI, B. "Escribir la historia de la nación española: proyectos y herencia de la historiografía de Modesto Lafuente y Rafael Altamira" en *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, nº 17 (1997), pp. 137-159.

PÉREZ GARZÓN, J. S. "Los mitos fundacionales y el tiempo de la unidad imaginada del nacionalismo español" en *Historia Social*, nº 40 (2001), pp. 7-28.

PÉREZ GARZÓN, J. S. *Isabel II: Los espejos de la reina*, Madrid, 2004.

PÉREZ GARZÓN, J. S., MANZANO, E., LÓPEZ FACAL, R., RIVIÈRE, A. *La gestión de la memoria: la historia de España al servicio del poder*, Barcelona, 2000.

SIMÓN I TARRÉS, A. (dir.) *Diccionari d'historiografia catalana*, Barcelona, 2003

SMITH, A. *Las teorías del nacionalismo*, Barcelona, 1976.

SUAREZ CORTINA, M. (ed.) *Las máscaras de la libertad: el liberalismo español (1808-1950)*, Madrid, 2003.

VILLACORTA BAÑOS, F. *Burguesía y cultura: los intelectuales españoles en la sociedad liberal (1808-1931)*, Madrid, 1980.